

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«JOSÉ, ESPOSO VIRGINAL DE MARÍA»



En la festividad de
san José

No temas recibir a
María, tu esposa

La teología de la
historia de Francisco
Canals

In memoriam
Àngel Fàbrega

Los mártires de
Tyburn

Apariciones del Ángel
de la Paz



Los desposorios, Pedro Ramírez (s.xvii)

«El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida».

San Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*

Sumario

En la festividad de san José <i>Francisco Canals (†)</i>	3
San José, modelo de virginidad y de paternidad	7
No temas en recibir a María, tu esposa	8
La unión virginal de María y José <i>San Juan Pablo II</i>	10
La teología de la historia de Francisco Canals, al servicio de la formación de nuestra esperanza <i>Ibon Elósegui</i>	11
La historia de los mártires de Tyburn (Londres) <i>Jorge Soley Climent</i>	15
In memoriam Mn. Àngel Fàbrega (1921-2017) <i>Enrique Martínez</i>	19
Mn. Eudald Serra y el «Foment de Pietat» <i>Àngel Fàbrega (†)</i>	20
Cristo como «puente» y con su corazón abierto <i>Guillermo Pons Pons</i>	25
Dios interviene en la historia <i>María Jaurrieta Manresa</i>	30
Orientaciones bibliográficas <i>Santiago Alsina</i>	32
Centenario de las apariciones de Fátima <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	33
En defensa de la familia <i>Jaume Vives Vives</i>	36
Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>	38
Iglesia perseguida <i>Javier Menéndez Ros</i> <i>Ayuda a la Iglesia Necesitada</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

HA sido una práctica muy extendida de la piedad popular dedicar el mes de marzo a honrar con diversos ejercicios espirituales a san José. Hemos querido ser fieles a esta piedad popular dedicando una parte del presente número de marzo a honrar al glorioso patriarca san José. A lo largo de la historia de la Iglesia la devoción a san José ha tenido como principal impulsor la piedad del pueblo cristiano: así ha sido reconocido por el mismo magisterio pontificio y como señala Juan XXIII en su carta apostólica *«Le Voci»*: «José, fuera de algún resplandor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Y requirió tiempo antes de que su culto penetrara de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiado abandono. Estas fueron las alegrías fervorosas reservadas a las efusiones de la edad moderna». Ha sido especialmente a partir del pontificado de Pío IX, al declarar a San José patrono de la Iglesia, cuando, haciéndose eco de esta devoción tan arraigada en la piedad cristiana se han sucedido los documentos magisteriales de los papas. Nuestro obispo Torras i Bages en su popular *mes de san José* se refiere a la importancia para estos tiempos de la devoción josefina. En una de sus meditaciones diarias señala la providencial actualidad de la devoción josefina. En nuestro tiempo, cuando la vida cristiana está amenazada de especiales peligros y la mentalidad del mundo moderno está centrada solamente en la exclusiva preocupación por el bienestar material o en reivindicar una falsa autonomía que no es más que una falta de humildad, la Iglesia podrá encontrar en la vida de san José aquel camino suave y fácil que permitirá superar estas circunstancias particularmente difíciles. De igual modo como nos narra el Evangelio que san José cobra protagonismo cuando la vida de Jesús está en peligro, ahora, en la grave situación actual también es necesaria esta mayor presencia de san José en la vida de la Iglesia. El abandono confiado a la voluntad de Dios, unido al cuidado solícito de las cosas de Dios es el ejemplo de san José tan conveniente para el hombre de hoy. En el decreto en que la Sagrada Congregación de Ritos proclamaba a san José patrono de la Iglesia, durante el pontificado de Pío IX, se afirma que Dios le constituyó «custodio de sus tesoros más preciosos» y hoy la Iglesia confiada acude a su protección para que la custodie de igual manera a como hizo con la Sagrada Familia.

En las páginas del presente número hemos querido subrayar dos aspectos de esta custodia especialmente importantes para nuestros días. En primer lugar san José custodio de la virginidad de María y también confiarle la familia que está siendo objeto de este asedio tan insistente que, siendo tan contrario a todo bien humano solo puede obedecer a una inspiración diabólica.

En este número recordamos también al recientemente fallecido Dr. Àngel Fàbrega, muy apreciado para los redactores de **CRISTIANDAD**, que durante tantos años ha custodiado con admirable dedicación y fidelidad el legado espiritual y doctrinal de Mn. Eudald Serra y el padre Ignacio Casanovas que crearon con el Foment de Pietat y Balmesiana.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

En la festividad de san José*

FRANCISCO CANALS (†)



LA fecha del 19 de marzo, que desde hace algunos siglos mantiene la presencia de san José en el calendario católico, nos invita siempre a reflexionar sobre el arraigo creciente, en la conciencia cristiana y en el sentimiento del Pueblo de Dios, de la imagen del esposo de María y «padre» de Jesús.

Se ha hecho un tópico recientemente la afirmación de que tenemos, en los textos evangélicos, pocos datos sobre san José. No entremos, sin embargo, en discusiones y constatemos algunas de las certezas que de la lectura de los Evangelios resultan. Comencemos por notar que el nacimiento en Belén del Hijo de Dios se debe a la inscripción en el censo, por parte de José, que la realiza en la ciudad de David, Belén, de quien él se sabía descendiente. Es cierto que, en el Evangelio, la constatación de la descendencia davídica de José se relaciona esencialmente con la mesianidad de Jesús, en quien se cumplen las profecías hechas al patriarca David: la filiación davídica de Jesús se relaciona con la de José; el nombre de

«hijo de David» sólo se dice de dos personas en el Evangelio: de Jesús y de José, su padre.

Pensemos seguidamente que José es encargado divinamente, por ministerio angélico, de poner el nombre al Hijo que María ha concebido por obra del Espíritu Santo, el nombre de Jesús, es decir, «el Salvador del pueblo de sus pecados»: «José, Hijo de David, no temas recibir contigo a María como tu esposa, porque ella dará a luz un Hijo engendrado por obra del Espíritu Santo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará al pueblo de sus pecados». (Mt 1, 20-21).

El cumplimiento de este mandato de poner el nombre que significa, precisamente, «el encargado de la salvación del pueblo» lo encontramos referido por el evangelista Lucas al notar que: «Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno» (Lc 2, 21). Ya sabemos que el encargado de circuncidarle y darle el nombre no es otro que José.

También una aparición en sueños de un ángel del Señor manda a José huir a Egipto: «El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Le-

* Artículo publicado en CRISTIANDAD 908 (marzo 2007)

vántate, toma contigo al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al Niño para matarle”. Él se levantó, tomó de noche al Niño y a su Madre y se retiró a Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,13-15).

Pero también un mandato divino es el que lleva a José a ir a Nazaret, cumpliendo así la profecía: «Muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo a José en sueños y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre y ponte en camino hacia la tierra de Israel”. Él se levantó, tomó consigo al Niño y a su Madre y entró en tierra de Israel, pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliera el oráculo de los profetas: “Será llamado Nazareno”» (Mt 2,19-23).

En esta serie coherente e insistente de pasajes evangélicos que muestran a José como el que recibe de parte de Dios, por caminos extraordinarios de apariciones angélicas, las advertencias que han de salvar al Niño de las persecuciones y que señalan los rumbos de la vida del Señor (que ya no vuelve a Belén, donde nació, en la Judea, sino que va a vivir a Galilea, en Nazaret) aparece siempre José como el que recibe el encargo divino de organizar la vida de

Jesús, y sobre María, cuya obediencia a José en cumplir las órdenes divinas brilla por el hecho de no tener que ser nunca citada como si tomase iniciativas, destaca por lo mismo la autoridad patriarcal de José.

José vuelve a aparecer, esta vez unido a María y con una actitud expresamente de unidad de sentimientos y criterios con ella, en la pérdida del Niño en el Templo y cuando María y José, al hallarlo, le interrogan por qué se ha portado así con ellos. Es María la que dice: «¿No sabías que tu padre y yo te buscábamos con dolor?». Los textos de san Mateo hasta aquí citados expresan un total protagonismo y responsabilidad de José, mientras María se muestra como de una total y pasiva obediencia a su esposo.

Otros pasajes de Lucas, referentes a la presentación de Jesús en el Templo, o al episodio, ya cumplidos los doce años por el Niño, de la pérdida de éste (que es hallado después entre los maestros de la Ley), vienen a mostrar una nueva etapa en la vida de Jesús en que su Madre tiene ya una comprensión del Niño, y se aprecia una evolución, allí mismo aludida, del crecimiento en edad y en gracia de Jesús, el Hijo de Dios encarnado: «Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley del Señor». (Lc 2,22)

San José es padre del Hijo de Dios



Si Dios dio a la Virgen por esposo a san José, dióselo también, no sólo por compañero de su vida, testigo de su virginidad, protector de su honra, sino además para que en virtud de la alianza conyugal fuese partícipe de su excelsa dignidad. Del mismo modo él solo entre todos sobresale con una dignidad augustísima, por haber sido, disponiéndolo así Dios, custodio del Hijo de Dios, y tenido en la opinión de los hombres por padre del mismo Hijo de Dios. De lo cual se seguía que a san José estuviese humildemente sujeto el Verbo de Dios, y obedeciese sus mandatos, y le diese toda la honra que a su padre es menester que den los hijos.

León XIII *Quamquam pluries* (1889)

«He aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidado por el Espíritu vino al Templo y cuando los padres introdujeron al Niño Jesús para cumplir lo que la Ley prescribía sobre Él, le tomó en brazos y bendijo al Señor, diciendo (...)» (Lc 2,25-28).

Y en los versículos 29 a 32 el evangelista inserta el himno de acción de gracias que conocemos como *Nunc dimittis*.

El evangelista narra después que «su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de Él». Simeón los bendijo, y dijo a María, su Madre: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2,33-35). Vemos en esta escena una actitud compartida por los dos esposos, aunque finalmente la profecía de Simeón se dirige en concreto a María porque, al parecer, profetiza su presencia en la Pasión de su Hijo y en su muerte en la cruz. Probablemente, la ausencia de José es de fácil explicación y daría razón también de que Jesús, al morir, confíe a su Madre al Apóstol amado, Juan: José había muerto, no sabemos cuándo pero ciertamente antes de los acontecimientos de la Pasión.

El primero de los episodios de Lucas concluye con la cita de la profecía de Ana que nota el evangelista «que hablaba del Niño a todos los que esperaban la Redención» (Lc 2,34). Sigamos leyendo al evangelista Lucas en un importantísimo conjunto de textos sobre Jesús Niño y sus padres:

«Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El Niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre Él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos, como de costumbre, a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el Niño se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca, y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos y su Madre le dijo: «¿Por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Él les dijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabías que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Y bajó con ellos, y vino a Nazaret, y vivió sujeto a

ellos. Su Madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,19-32).

El contraste absoluto que ofrece la escena del Niño Jesús perdido en el Templo, narrado en el evangelio de san Lucas, con el milagro de las Bodas de Caná, en que el protagonismo de María es tan decisivo y exclusivo que la narración evangélica de Juan comienza notando que «Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la Madre de Jesús. Fue también llamado Jesús con sus discípulos.» (Jn 2,1-3). Sería coherente con la opinión de los exegetas que han afirmado la muerte de san José antes del comienzo de la vida pública del Señor.

Parece que este período duró algunos años, y no es cierto que en el Evangelio no tengamos dato alguno sobre el mismo, o sobre la presencia de José en la vida de Cristo. Mientras algún evangelista, como Marcos, llama a Jesús «el carpintero» y «el hijo de María» (Mc 6,3), otros le llaman «hijo del carpintero» (Mt 13,55) o «hijo de José» (Lc 4,22). Esta misma diversidad terminológica sugiere no sólo la convivencia del padre José con la esposa María y el hijo Jesús, sino la colaboración en la tarea artesana del taller de José. Es digno de ser meditado que los textos evangélicos sugieren como muy probable, prácticamente como cierto, que entre la muerte de José y el comienzo de la vida pública del Señor se dio una situación cuya longitud cronológica no podemos medir, pero suficiente para que Jesús fuese conocido no sólo como «el hijo de José, el carpintero», sino propiamente como «el carpintero»: es decir, el Verbo encarnado ejercería la actividad artesana en el que había sido el taller de José.

Algún biógrafo eminente de san José afirma que José murió cuando había cumplido totalmente la misión, divinamente encomendada, de custodio paterno del Hijo del Hombre, es decir, del Hijo de Dios encarnado. Por tanto, la muerte de José, precisamente por su indefinición cronológica, es un hecho que nos invita a la meditación. Es el momento éste de decir algunas cosas que pensamos poco y que, por lo mismo, nos llevan, por esta ausencia nuestra de reflexión, a la incompreensión de aquel que santa Teresa de Jesús ponderaba como «intercesor eminente» por haber sido, en la tierra, el que había regido a Cristo en su vida temporal, y a quien la Iglesia contemporánea ha reconocido como «padre y protector del Pueblo de Dios y, por ello, patrono del Concilio ecuménico Vaticano II».

San José, que no creyó en la divinidad de su Hijo porque oyese esta predicación en los Apóstoles de Cristo, sino que la creyó por su docilidad obediente a las inspiraciones divinas transmitidas por los ángeles, no entró en la Iglesia de Cristo por la recepción del Bautismo. Ubertino de Casale afirma que san José pertenece al Antiguo Testamento, lo cual

está en él dicho con intención profunda y verdadera, pero no es una afirmación precisa y oportuna. José, que con María cumple una misión de introducir en el mundo al Hijo de Dios Salvador, y a quien le fue confiado por Dios, por ministerio angélico, dar a Jesús este nombre referente a la salvación del pueblo de Israel y de toda la humanidad de sus pecados, tiene una fe cuyo origen y sentido es superior al de quienes entramos en la Iglesia por haber aceptado la predicación apostólica, es decir, de los enviados de Jesús. A José, como a María, es el mismo Dios quien les confía precisamente una actividad paterna de dar a la humanidad al mismo Verbo que se ha hecho carne y que ha habitado entre nosotros por la acción obediente por la que dan cumplimiento al designio divino de la Encarnación redentora.

En algunos momentos del desarrollo progresivo de la devoción a san José en la Iglesia, no faltan, en algunos autores muy fervorosos, atisbos de desconcierto por la falta de actividad apostólica y de misión apostólica del patriarca José. Su misión no era anunciar a los hombres la venida al mundo del Hijo de Dios, sino el servicio doméstico y cotidiano a esta venida. Es mucha la grandeza de esta misión que el patriarca José cumple por su pertenencia al orden hipostático, y que providencialmente dispuso Dios que se realizara en Nazaret de Galilea y con la sencillez y pequeñez que tantas veces sorprendió a sus contemporáneos y tantas veces ha quedado incomprendida entre quienes han creído en la divinidad de Cristo pero no han sentido el mensaje exigente de la infancia espiritual.

No deja de ser significativo que la santa doctora de la Iglesia Teresita del Niño Jesús afirmase que desde su infancia en ella se habían confundido la devoción a san José con la devoción a la Santísima Virgen. Esta afirmación nos resultará desconcertante siempre que la excelencia y dignidad de María en el orden de la santidad queramos juzgarla al modo de una excelencia humana y no se centre nuestra meditación en la pequeñez evangélicamente infantil de María y de José, que fue comprendida íntimamente por sus más grandes devotos. Sólo podremos participar de aquella misteriosa e iluminadora «confusión» de que habla Teresa de Lisieux si sabemos ver en María y en José el ejemplo más excelente de aquella infancia espiritual sin la que no podríamos entrar en el Reino de los Cielos. ¿Quién podría dudar de que la Reina del universo, la Madre de Dios, nos muestra el ejemplo más decisivo de aquella infancia espiritual que Jesús afirmó como condición indispensable para la entrada en el Reino de los Cielos? ¿Y quién podría dudar de que el santo que más compartiera esta infancia y más se asemejó a María, «la esclava del Señor», fue el Patriarca silencioso y obediente a quien le bastaba tener la certeza de la voluntad de Dios para ponerse activamente a cumplirla?

La lectura de los evangelios de Mateo y Lucas (e incluso la de Marcos, que no menciona nunca directamente a José, sino que le llama «esposo de María» pero que llama a Jesús «el carpintero») nos sugiere, pues, tres relaciones del patriarca José con la vida de Jesús, el Salvador de Israel y del mundo:

En la primera, José recibe por encargo divino toda la responsabilidad de introducir en el mundo a Jesús, «el Hijo de David», «el Salvador del pueblo de sus pecados». Por él nace en Belén, la ciudad de David, el Mesías y, después de defenderle en la huida a Egipto, por él va a ser Jesús el Nazareno.

En una segunda etapa, que abarca primero la infancia y después la vida oculta del Señor, la acción de José es siempre inseparable de María y luego José y Jesús colaboran en algo tan humano y cotidiano como el trabajo de un taller. El mismo Jesús es llamado primero «el hijo del carpintero» y finalmente «el carpintero». La presencia de José en lo que podríamos llamar inculturación rural y doméstica del Hijo de Dios es la de un padre de familia que la sustenta con su trabajo en un modesto taller.

Vemos, pues, una tercera etapa en que no destaca siempre la acción conjunta de María y José, sino la responsabilidad paterna en el trabajo por la que el Patriarca sustenta a su esposa y a su Hijo. Estamos en la fase silenciosa y sin acontecimientos visibles de la vida de José en la Sagrada Familia de Nazaret.

Estas tres distintas relaciones las ha vivido el pueblo cristiano en las escenas contempladas en nuestros belenes. En la primera infancia de Jesús, después en el recuerdo del Niño Jesús en el Templo (reencuentro por José y María) y, finalmente, en la presencia, en la vida de familia, del trabajo artesano iniciado por José y, al parecer, heredado por Jesús. No sabemos por cuánto tiempo, como no sabemos el tiempo que medió entre la muerte de José y el comienzo de la vida pública del Señor, en la que está ya presente María, que toma la iniciativa del primer milagro, la conversión del agua en vino en las Bodas de Caná.

No hallamos ya a José en ningún momento de la Pasión del Señor, pero no quiero silenciar que muchos y grandes y autorizados escritores eclesiásticos y teólogos hablan de José como resucitado al tiempo de la Resurrección de Jesucristo para estar ya siempre presente, en cuerpo y alma, ascendido a los Cielos. Recordemos que Suárez afirma que los que esto opinan no pueden ser acusados de opinión aventurada e infundada, sino de verosímil y coherente con la Providencia divina, coherente con que la Iglesia confíe en la autoridad de José en la vida eterna, continuadora de la que tuvo sobre el Hijo encarnado en la tierra, como lo vio santa Teresa, y su protección patriarcal sobre la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, como la sintió Juan XXIII al designar a José como patrono del Concilio Vaticano II.

San José, modelo de virginidad y de paternidad



QUERIDOS hermanos y hermanas, de nuevo os digo de corazón: como José, no tengáis reparo en llevaros a María con vosotros, es decir no tengáis reparo en amar a la Iglesia. María, Madre de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia nuestra Madre: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (JUAN PABLO II, *Redemptoris custos*, 20).

Quisiera dirigir una exhortación particular a los padres de familia, puesto que san José es su modelo. San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del Hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a semejanza de Él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como san José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. Lc 2, 49), con amor y con vuestra presencia responsable (BENEDICTO XVI, 19 de marzo de 2009).

San Agustín (354-430)

CON tanta prudencia como sabiduría, los dos evangelistas nos dan la genealogía de José: san Mateo descendiendo desde Abraham a Jesucristo y san Lucas remontando desde Jesucristo a Abraham y hasta Dios. Uno cuenta las generaciones descendiendo, el otro remontando; y, en los dos casos, a través de José. ¿Por qué? Porque es el padre de Jesús y tanto más realmente cuanto que lo es castamente. Indudablemente, José era conocido como el padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Por eso san Lucas dice: (Jesús) era hijo, según se pensaba, de José (Lc 3, 23). ¿Por qué le creían el padre de Jesús? Porque las opiniones y los juicios de los hombres se forman de acuerdo con el curso habitual de las cosas. Si el Señor nació sin la intervención de José, contrariamente a la creencia general, no es menos cierto que el hijo nacido de María, ese hijo que es también el hijo de Dios, fue entregado a la abnegación y al amor de José, su esposo.

Don Ubertino de Casale (1259-1329)

EN todos los matrimonios la unión de los corazones se establece hasta tal punto que la esposa y el esposo son llamados una misma persona. Tampoco José puede por menos que parecerse a la Virgen. ¿Cómo iba a unir el Espíritu Santo con una unión tan estrecha el alma de una Virgen como María a otra alma que no hubiera tenido una gran semejanza con ella por la práctica de las virtudes? San José fue, pues, el hombre más puro en la virginidad, el más profundo en la humildad, el más ardiente en el amor y el más elevado en la contemplación. Y, como la Virgen sabía que el Espíritu Santo le había dado a José por esposo para que fuera el fiel guardián de su virginidad y para compartir con ella su amor de caridad, así como su atenta solicitud por el Divino, yo sí creo firmemente que María amaba sinceramente a José.

Si la madre de Dios, en su gran caridad, ruega por los pecadores, por los verdugos de su Hijo, con que mayor razón solicitará las gracias del Cielo para su abnegado y amante esposo! Y como los bienes de la esposa son los del esposo, la bienaventurada Virgen María comunica a José todos los te-



María, tu esposa*

soros de su corazón que él pueda recibir. Me atrevo a decir que María amó a José más que, a cualquier otra criatura. Su amor por José venía inmediatamente después del que tenía a Jesús, el fruto bendito de su vientre.

San Claudio la Colombière (1641-1682)

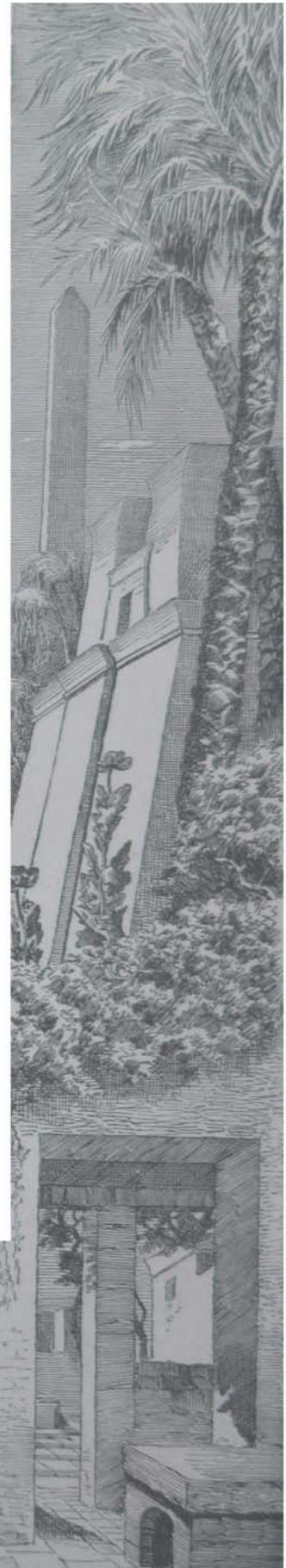
AUNQUE los Libros sagrados no dijeran de él más que las palabras «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa» (san Mateo 1, 18-24): *Virum Mariae* («fue el esposo de María»), habrían dicho lo suficiente como para darnos idea de su extraordinaria santidad.

(Porque) toda la vida de san José puede dividirse en dos partes: la primera precedió a su matrimonio, la segunda fue posterior. No sabemos nada de la primera y muy poco de la segunda. Sin embargo, yo pretendo que una y otra fueron santas.

La primera fue santa porque culminó en un matrimonio afortunado. La segunda fue aún más santa porque toda ella transcurrió en el matrimonio. Quiero decir que esta gloriosa alianza fue el fruto de la gran santidad que ya había alcanzado san José y el motivo de la santidad aún mayor que alcanzó después. Veamos ahora, si así lo deseáis, en el primer punto, la santidad que aportó al matrimonio; y, en el segundo, la santidad que adquirió en él. Y esto es todo lo que he de deciros. Los santos nos inspiran la santidad aun sin que lo deseemos. Es un bien contagioso –si es que se puede hablar de este modo– que se comunica sin pensar en ello. Es decir, por el hecho de vivir con María, José habría avanzado en santidad, aunque ella no se hubiera ocupado de ayudarle a crecer en la perfección.

Pero lo cierto es que ella tenía un celo apostólico mayor que el de los doce; y, si no hubiera sido por razones de decoro, ella sola hubiera recorrido y convertido el mundo. Ahora bien, este celo enorme se orientó hacia la santificación de su esposo querido durante todo el tiempo que duró su matrimonio. El orden de la caridad exigía que él fuera el primer objeto y el único de este celo durante todo este tiempo. Ese gran fuego capaz de abrasar la tierra sólo quemó y consumió el corazón de José durante muchos años.

*(Textos extraídos del libro Henri CAFFAREL, *No temas recibir a María, tu esposa*, Madrid (Rialp, 2014) 223-247.



La unión virginal de María y José

(S. Juan Pablo II durante la audiencia general del 21 de agosto de 1996)

EL evangelio de Lucas, al presentar a María como virgen, añade que estaba «desposada con un hombre llamado José, de la casa de David» (Lc1,27). Estas informaciones parecen, a primera vista, contradictorias.

Hay que notar que el término griego utilizado en este pasaje no indica la situación de una mujer que ha contraído el matrimonio y, por tanto, vive en el estado matrimonial, sino la del noviazgo. Pero, a diferencia de cuanto ocurre en las culturas modernas, en la costumbre judaica antigua la institución del noviazgo preveía un contrato y tenía normalmente valor definitivo: efectivamente, introducía a los novios en el estado matrimonial, si bien el matrimonio se cumplía plenamente cuando el joven conducía a la muchacha a su casa.

En el momento de la Anunciación, María se halla, pues, en la situación de esposa prometida. Nos podemos preguntar por qué había aceptado el noviazgo, desde el momento en que tenía el propósito de permanecer virgen para siempre. Lucas es consciente de esta dificultad, pero se limita a registrar la situación sin aportar explicaciones. El hecho de que el evangelista, aun poniendo de relieve el propósito de virginidad de María, la presente igualmente como esposa de José constituye un signo de que ambas noticias son históricamente dignas de crédito. Se puede suponer que entre José y María, en el momento de comprometerse, existiese un entendimiento sobre el proyecto de vida virginal. Por lo demás, el Espíritu Santo, que había inspirado en María la opción de la virginidad con miras al misterio de la Encarnación y quería que ésta acaeciese en un contexto familiar idóneo para el crecimiento del Niño, pudo muy bien suscitar también en José el ideal de la virginidad.

El ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le dice: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). De esta forma recibe la confirmación de estar llamado a vivir de modo totalmente especial el camino del matrimonio. A través de la comunión virginal con la mujer predestinada para dar a luz a Jesús, Dios lo llama a cooperar en la realización de su designio de salvación.

El tipo de matrimonio hacia el que el Espíritu Santo orienta a María y a José es comprensible sólo en el contexto del plan salvífico y en el ámbito de una elevada espiritualidad. La realización concreta del misterio de la Encarnación exigía un nacimiento virginal que pusiese de relieve la filiación divina y, al mismo tiempo, una familia que pudiese asegurar el desarrollo normal de la personalidad del Niño.

José y María, precisamente en vista de su contribución al misterio de la Encarnación del Verbo, recibieron la gracia de vivir juntos el carisma de la virginidad y el don del matrimonio. La comunión de amor virginal de María y José, aun constituyendo un caso especialísimo, vinculado a la realización concreta del misterio de la Encarnación, sin embargo fue un verdadero matrimonio (cf. exhortación apostólica, *Redemptoris custos*, 7).

La dificultad de acercarse al misterio sublime de su comunión sponsal ha inducido a algunos, ya desde el siglo II, a atribuir a José una edad avanzada y a considerarlo el custodio de María, más que su esposo. Es el caso de suponer, en cambio, que no fuese entonces un hombre anciano, sino que su perfección interior, fruto de la gracia, lo llevase a vivir con afecto virginal la relación sponsal con María.

La cooperación de José en el misterio de la Encarnación comprende también el ejercicio del papel paterno respecto de Jesús. Dicha función le es reconocida por el ángel que, apareciéndosele en sueños, le invita a poner el nombre al Niño: «Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21).

Aun excluyendo la generación física, la paternidad de José fue una paternidad real, no aparente. Distinguiendo entre padre y progenitor, una antigua monografía sobre la virginidad de María –el *De Margarita* (siglo IV)– afirma que «los compromisos adquiridos por la Virgen y José como esposos hicieron que él pudiese ser llamado con este nombre (de padre); un padre, sin embargo, que no ha engendrado». José, pues, ejerció en relación con Jesús la función de padre, gozando de una autoridad a la que el Redentor libremente se «sometió» (Lc 2, 51), contribuyendo a su educación y transmitiéndole el oficio de carpintero.

La teología de la historia de Francisco Canals, al servicio de la formación de nuestra esperanza

IBÓN ELÓSEGUI

EL Concilio Vaticano II, en su constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo actual, afirma: «El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones». Estas palabras sintetizan las profecías que a lo largo del Antiguo y Nuevo Testamento iluminan el verdadero sentido y fin de la historia: «Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra».

Esto es lo que Francisco Canals, en continuidad de lo recibido por su maestro el padre Ramón Orlandis, enseñaba en sus explicaciones de teología de la historia, orientándola «a la formación de nuestra esperanza», virtud teologal tan importante en los tiempos en los que vivimos.

A lo largo de este artículo vamos a recoger algunos textos de la reciente publicación del sacerdote de la HNSC Xavier Prevosti,¹ con el objeto de que su lectura y estudio fomenten aquello que buscaba Canals en sus enseñanzas: «alimentar y orientar nuestra esperanza, esperanza teologal».²

Tiempos de turbación y tiempos de esperanza

Los tiempos actuales, tal y como repetidamente lo han afirmado los papas del último siglo, son tiempos de turbación en los que la apostasía de las naciones, la aceptación de principios que dañan al ser humano, la persecución de los cristianos y la desesperanza de la humanidad ha llegado a límites insospechados, y todo ello cubierto bajo un manto de progreso y de aparente, pero falsa, felicidad.

El mismo Canals, comentando un texto del cardenal Wojtyła,³ afirmaba: «estamos en los tiempos del poder anticristiano; estamos en los tiempos de la gran

tribulación; estamos en los tiempos de la hora de la tentación más grave que hubo nunca en el mundo desde el comienzo hasta el fin. El Evangelio lo dice que hay una época que es distinta de las otras. No todos los tiempos son iguales. Esto es antievangélico».⁴

Frente al plan de salvación que Dios ofrece a la humanidad se opone la soberbia del hombre actual.. En el libro *Mundo histórico y Reino de Dios*, tan necesario de leer y releer para comprender la situación actual en la que nos vemos envueltos, escribe: «Sólo a la luz de estos principios teológicos, que los grandes doctores hallaron en la propia Sagrada Escritura, podremos comprender la tragedia del “mundo moderno”; este mundo proyectado por el humanismo antropocéntrico que surge en el Renacimiento, y que es sucesiva y “progresivamente” realizado por el imperialismo mercantil, la Ilustración, la Revolución industrial, el despotismo ilustrado y la Revolución francesa; y por las revoluciones nacionales, que pusieron lo divino y absoluto en el “espíritu del pueblo”; y las revoluciones socialistas, nacionalistas o internacionalistas. “El pecado del mundo”, la soberbia colectiva rigiendo la política, la economía y el proceso técnico, que en nuestros días se ha manifestado desde la guerra nuclear hasta la seducción de la ingeniería genética, se ha hecho tanto más grave cuanto más creciente ha sido el atractivo de los bienes, no inmediatos, sino “intencionales”, que el Estado y la sociedad internacional presenta a la humanidad contemporánea».⁵

Frente a esta realidad, son dos las tentaciones en las que puede caer el cristiano: amoldarse al mundo, asumiendo la victoria de los principios mundanos impuestos por la sociedad o caer en la desesperanza de un futuro incierto.

Frente a ello las promesas de la Sagrada Escritura iluminan la realidad: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación».⁶ En este sentido «la reflexión teológico-histórica es una invitación a la comprensión de los signos de los tiempos»,⁷ y así, fortalecer nuestra esperanza. Esperanza que se fun-

1. XAVIER PREVOSTI VIVES, *La teología de la historia según Francisco Canals*, Balmes (Barcelona 2015)

2. *Ibíd.* El resto de las citas del libro se mostrarán en cursiva así como la página de donde han sido extraídas.

3. *Signo de contradicción*, libro en el que se recoge el retiro que ofreció, cuando era cardenal, al papa Pablo VI en 1976.

4. P. 166-167, nota 478.

5. P.156, nota 443.

6. Lc 19, 28.

7. P.168.

da en que «Jesucristo centra en la devoción al Sagrado Corazón el remedio del mundo actual, y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el reinado social de Jesucristo».⁸

A este respecto «la teología de la historia del padre Orlandis no se dirigía a satisfacer la curiosidad, y menos a ofrecer, para creyentes, lo que los hombres de nuestro tiempo buscan en tantas escatologías y mesianismos terrenos e inmanentes, que inspiran casi todos los movimientos sociales y políticos contemporáneos. Él entendía que debía servir a la formación de nuestra esperanza».⁹

Finalidad de la teología de la historia: alimentar nuestra esperanza

POR ello «para la comprensión del sentido de la historia y, por tanto, para llegar al fin a que en su estudio tendemos, es absolutamente necesaria la teología y toda investigación de orden meramente racional, aun la misma filosofía cristiana no es suficiente para ello».¹⁰

De esta manera, afirma Canals, «la tarea más propia de la historia... [es] la explicación de aquellas verdades últimas, reveladas por Dios como futuras, que dan sentido a la historia de los hombres y son la meta y fin de la marcha de la humanidad en este mundo».¹¹ «la teología de la historia puede, asimismo, esclarecer desde la luz sobrenatural de la fe todo el acontecer de la humanidad en su desenvolvimiento temporal: pasado, presente y, al versar sobre acontecimientos futuros revelados por Dios que iluminan el sentido final de la historia de la humanidad, también sobre el futuro».¹²

Al mismo tiempo, frente a una posible curiosidad insana, Canals apuntaba que «la teología de la

8. P. 108.

9. P. 107, nota 259.

10. P. 95-96.

Canals enumera algunas de estas leyes de la filosofía de la historia, insuficientes no obstante para dar razón de devenir concreto de la historia de la humanidad, que podemos resumir así:

«1) Dios gobierna todos los seres según su naturaleza y sin menoscabo de la libertad humana dirigiéndolos hacia su fin,

2) La sociedad humana, a la que está naturalmente ordenada el hombre, dice para éste razón de fin, es decir de honesto y no solamente útil,

3) La sociedad y el hombre, por estar sujetos al tiempo, alcanzan su perfección progresivamente por un movimiento temporal».

11. P. 105.

12. P.145.

historia del padre Orlandis no se dirigía a satisfacer la curiosidad, y menos a ofrecer, para creyentes, lo que los hombres de nuestro tiempo buscan en tantas escatologías y mesianismos terrenos e inmanentes, que inspiran casi todos los movimientos sociales y políticos contemporáneos. Él entendía que debía servir a la formación de nuestra esperanza»¹³. De tal manera que el fin de la teología de la historia «no es buscar una filosofía de la historia, o hacerse servir la fe para ponerla al servicio de nuestra curiosidad, ¡No!, es para alimentar y orientar nuestra esperanza, esperanza teológica».¹⁴

El triunfo de Cristo en la tierra, esperanza de los cristianos

TANTO el Concilio Vaticano II como el *Catecismo de la Iglesia católica* han iluminado la escatología tradicional de la Iglesia, ayudando a fortalecer la esperanza que debemos tener los cristianos en el triunfo definitivo de Cristo sobre las fuerzas del mal. He aquí algunos textos entre los muchos que se pueden encontrar en ambos documentos:

«La Iglesia, a la que todos hemos sido llamados en Cristo Jesús y en la cual, por la gracia de Dios, conseguimos la santidad, no será llevada a su plena perfección, sino cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas y cuando, con el género humano, también el universo entero —que está íntimamente unido al hombre y por él alcanza su fin— será perfectamente renovado en Cristo»¹⁵.

«El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado “con gran poder y gloria” con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido, y “mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa...” Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía, que se apresure el retorno de Cristo cuando suplican: “Ven, Señor Jesús”».¹⁶

«La Iglesia, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una

13. P. 107, nota 259

14. P. 107, nota 260.

15. Constitución dogmática *Lumen gentium*, «Índole escatológica de la Iglesia peregrinante», n. 48.

16. CIC n. 671.



sola voz y “le servirán como un solo hombre”». ¹⁷

«Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano». ¹⁸

Consumación del Reino de Cristo en la tierra y la paz prometida a los profetas

EN qué consistirá esta consumación o perfección de la Iglesia en la tierra? Canals recogía de la obra del padre Rovira ¹⁹ las siguientes afirmaciones: «a) en una mayor extensión o difusión de fe entre los pueblos y naciones de la tierra; b) en una mayor intensidad de fe, santidad y justicia

17. *Nosta aetate*.

18. *Gaudium et spes*, n. 39.

19. *De consummatione Regni Messianici in terris*.

entre sus miembros; y c) en una menor presencia de aquellos impedimentos y escándalos contrarios a la difusión del Reino mesiánico». ²⁰

En este aspecto Canals comentando el n° 671 del *Catecismo*: «El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo no está todavía acabado «con gran poder y gloria» con el advenimiento del Rey a la tierra» puntualizaba el verdadero sentido de acabamiento en cuanto que «acabamiento, consumación, fin», según los textos evangélicos, significa terminación de una obra ya llevada a cabo. Hay que fijarse en lo distinto que suena cuando decimos «esta pintura ha sido acabada», de «todavía no está acabada». Si todavía no está acabada, es que no está hecha del todo y si está acabada es que ha llegado ya a plenitud, ha sido plenamente realizada». ²¹

Por otra parte, esta certeza no anula la verdadera patria del cielo a la que aspiramos los cristianos ya que «este acabamiento o consumación se da, en sentido verdadero, en la misma historia temporal, aunque en tensión esperanzada hacia la suma plenitud en la eternidad celeste».

Fruto de esta consumación se dará la tan ansiada paz del mundo prometida a través de los profetas, y en este contexto Canals recordaba a Isaías: «Estas profecías contienen reiteradamente el doble anuncio de que la Palabra del Señor saldrá para todo el mundo de la casa del Dios de Jacob, de Jerusalén, del Monte santo de Sión, y de que por este anuncio todas las naciones, por el juicio del Rey Mesías, quedarán pacificadas y unidas por la luz de Yahve: «Ocurrirá en los últimos días que la Montaña de la casa de Yahvehse hallará firmemente establecida en la cumbre de los montes, y se alzarán por encima de los collados, y afluirán a ella todas las naciones. E irán muchos pueblos y dirán: “Subamos a la Montaña de Yahve, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas; pues de Sión saldrá la Ley, y la Palabra de Yahve de Jerusalén”, y juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos; entonces romperán sus espadas y las convertirán en arados, y sus lanzas en podaderas. No alzarán ya espada pueblo contra pueblo ni se adiestrarán más en la guerra» (Is 2, 2-4)». ²²

La misión de María en el triunfo de Cristo

SAN Luis María Grignion de Montfort, a quien gustaba citar Canals, escribió sobre la participación de la Virgen en el triunfo de Cristo, en que anunciaba el reinado de María como antesala del reinado de Cristo:

20. P. 86.

21. P. 212, nota 633.

22. P. 218-219.

«Así como por María vio Dios al mundo la primera vez en humildad y anonadamiento, ¿No podría decirse que por María vendrá la segunda vez, como toda la Iglesia le espera, para reinar por todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? Cómo y cuándo quién lo sabe, pero yo bien sé que reinará de una forma muy distinta a lo que dicen los escrituristas. Yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el Cielo de la Tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperados de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura, que está en este punto muy oscura»²³.

Próximos al centenario de las apariciones de Fátima, el mensa-

je transmitido por la Virgen se hace más actual que nunca: «¡Mi Corazón Inmaculado triunfará!». La Virgen promete que frente a las ruinas del odio y de la violencia vence el

amor, frente al desprecio del hombre hacia Dios está la misericordia de Dios... Este es el sentido último de la historia, todo un Dios crea al hombre para elevarlo a la categoría de Dios, y toda la historia de la humanidad no es otra cosa sino mostrar al hombre que está hecho para Él, y que lejos de Él sólo existe el vacío y la desesperanza. En estos últimos siglos²⁴ el Señor ha redoblado sus esfuerzos para atraer hacia sí a la humanidad ensoberbecida en sí misma por el pecado, haciéndole ver que Jesucristo es el único remedio y

la única esperanza que llena las aspiraciones de felicidad que se encierran en el interior del corazón del hombre.

«Por encima de todas las luchas humanas providencialmente previstas y dispuestas, obra en la historia su designio, ordenado a la plenitud de su Reino. Todo tiende a que se realice este designio de Dios: “El Reino de este mundo ha venido a ser del Señor Nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos” (Ap 11, 15)».²⁵

Como afirma el padre Xavier Prevosti, Canals deseaba «que el estudio de la teología de la historia estuviera verdadera y vitalmente orientado a alen-

tar la esperanza teologal. Una vez más su ciencia, en este caso la teología de la historia, estaba al servicio de formar e instruir celadores del Apostolado de la Oración

Próximos al centenario de las apariciones de Fátima, el mensaje transmitido por la Virgen se hace más actual que nunca: «¡Mi Corazón Inmaculado triunfará!». La Virgen promete que frente a las ruinas del odio y de la violencia vence el amor, frente al desprecio del hombre hacia Dios está la misericordia de Dios...

para que orasen y trabajasen por la instauración social del Sagrado Corazón».²⁶

«Tiempo de espera y, juntamente, de una decisiva tentación; de alguna forma, siempre la misma que conocemos por el capítulo tercero del Génesis, pero en un sentido cada vez más radical. Tiempo de grandes pruebas, pero también de gran esperanza. Precisamente para este tiempo se nos ha dado una señal: Cristo, «signo de contradicción» (Lc 2, 34). Y la Mujer vestida de sol: «señal grande en el cielo» (Ap 12, 1). (Karol Wojtyła, *Signo de contradicción*)

23. P. 211. El extracto ha sido tomado de la obra *El Secreto de María*.

24. Paray-le-Monial, La Salette, Lourdes, Fátima,...

25. P. 180.

26. Ps. 137-138.



La historia de los mártires de Tyburn (Londres)

JORGE SOLEY



Tríptico de la iglesia de san Jaime en Londres que muestra algunos de los mártires de Tyburn

EN pleno centro de Londres, junto a la esquina noreste de Hyde Park y a escasos pasos del eje comercial de Oxford street, se encuentra una placa en el suelo que recuerda el lugar en el que antaño se alzaba el Árbol de Tyburn. A pocos metros, tras una fachada exterior anodina, se encuentra uno de los lugares de peregrinación más emblemáticos de la capital inglesa, el convento de Tyburn, donde se adora al Santísimo Sacramento en el mismo lugar en el que más de trescientos cincuenta mártires entregaron su vida durante los siglos XVI y XVII.

Tyburn, lugar de ejecuciones reales

PERO empecemos por el principio. En Tyburn, que antiguamente se encontraba a las afueras de Londres, se erigió el «cadalso del Rey» y allí se realizaron ejecuciones en la horca desde 1196 hasta 1783. El hecho de emplazarse fuera de la ciudad obedecía a que allí se ejecutaban las sentencias reales, no las emitidas por otros tribunales locales. La reina Isabel I amplió el cadalso con los famosos

tres travesaños en los que se podía ahorcar a ocho personas en cada uno de ellos al mismo tiempo. Las ejecuciones pronto se convirtieron en uno de los espectáculos más populares de la ciudad y el lugar pasó a conocerse como el Árbol de Tyburn, el Árbol Triple o el Árbol Mortífero Nuncaverde de Tyburn. Estas ejecuciones seguían, además, un preciso ritual: una vez colgado, y aún con vida, el reo era destripado y, aún con vida, se le arrancaba el corazón, que era echado al fuego, luego era decapitado y descuartizado y finalmente sus partes eran expuestas en lugares públicos como advertencia para transeúntes. Se calcula que durante sus seis siglos de existencia, murieron en Tyburn más de cincuenta mil personas.

Se desata la persecución anticatólica

PERO si hoy hablamos de Tyburn es por la persecución desatada contra los católicos que no se plegaron a los deseos de los monarcas ingleses: a partir del Acta de Supremacía de 1534, bajo el reinado de Enrique VIII y más adelante, bajo



Altar que conmemora a los mártires junto al Árbol de Tyburn

Isabel I, Carlos II y Carlos III de Inglaterra, ser sacerdote católico o prestar ayuda a un sacerdote católico se convirtió en un acto considerado como delito de alta traición. La misma calificación que tenía el rechazo a confesar al monarca inglés como «la única Cabeza suprema en la tierra de la Iglesia de Inglaterra». El 4 de mayo del año siguiente fueron ejecutados los primeros que se negaron a realizar el juramento de supremacía: tres cartujos y dos sacerdotes. Santo Tomás Moro, quien los vio partir hacia

Fue obra de estos mártires el transformar Tyburn para siempre, convirtiendo aquel maldito Árbol Mortífero en el árbol de la Vida y la puerta del Cielo de Tyburn.

Tyburn en una carreta desde su celda en la Torre de Londres, le comentó a su hija Meg que iban «tan felices como quien va a un banquete de bodas».

Se fueron sucediendo así cientos de mártires ingleses durante un siglo y medio, muchos de ellos ya canonizados. Como san Edmund Campion, quien entregó su vida en 1581. Brillante académico en Oxford, se convirtió a la fe católica y se hizo jesuita. Tras una estancia en Praga retornó a su país natal, donde encontraría la muerte. Junto a él fue martirizado Ralph Sherwin, acusado injustamente de conspirar para asesinar a la reina, por quien rezó antes de ser ahorcado. Pocos años después, en 1588, era el turno de Margaret Ward, quien había logra-

do hacer llegar a un sacerdote encarcelado la cuerda con la que éste escapó de la prisión. Antes de morir exclamó que nunca en la vida había hecho nada de lo que se arrepintiera menos. Entre los mártires de Tyburn también encontramos a un monje benedictino, John Roberts, que había recibido su formación sacerdotal en Valladolid y Santiago de Compostela, en una época en la que nuestro país se convirtió en el refugio para aquellos católicos de Inglaterra y Gales que deseaban formarse para el sacerdocio. Encar-

celado en diversas ocasiones y tras entregarse a un trabajo agotador cuidando a enfermos de peste, fue finalmente arrestado cuando celebraba misa, encarcelado y martirizado. Y así llegamos hasta el último mártir de Tyburn, Oliver Plunkett, ejecutado el 1

de julio de 1681. Se trataba del obispo de Armagh y primado de Irlanda y fue condenado a muerte en una farsa de juicio en el que se le declaró traidor.

Fue obra pues de estos mártires el transformar Tyburn para siempre, convirtiendo aquel maldito Árbol Mortífero en el árbol de la Vida y la puerta del Cielo de Tyburn. Fueron estos mártires los que llevaron un nuevo espíritu a ese terrible lugar, un espíritu de fe y alegría, de esperanza, de perdón e incluso de humor, como el que expresó el primero de los mártires, el cartujo John Houghton, quien, momentos antes de que le arrancaran el corazón, gritó «Buen Jesús, ¿qué vas a hacer con mi corazón?». En 1642 el sacerdote Edward Morgan recibió la riña de un oficial porque

se mostraba demasiado feliz y relajado; el mártir respondió: «¿Por qué alguien tendría que preocuparse de que vaya al Cielo alegre?». Philip Powel, en 1646, anunció poco antes de morir: «Este es el día más feliz y la mayor alegría que jamás haya vivido, porque he sido traído aquí por ninguna otra causa o razón que porque soy un sacerdote católico romano y monje de la Orden de San Benito». Y el ya citado san Edmund Campion, rezó desde la misma horca por sus verdugos: «Encomiendo vuestro caso y el mío a Dios Todopoderoso, el buscador de corazones, para que podamos finalmente ser amigos en el Cielo, cuando todas las injurias serán olvidadas». De este modo, aquel espectáculo sangriento y morbosos, si bien mantuvo intacta toda su crueldad, adquirió un nuevo e inédito aire que se transmitió también a los espectadores: cuando Thomas Maxfield fue llevado a Tyburn, en 1616, el patíbulo había sido adornado con guirnaldas de flores y en el suelo alrededor se extendían hierbas fragantes y ramas de laurel.

Concluiremos nuestra incursión en este periodo martirial con dos datos que posteriormente serán relevantes. Por un lado el hecho de que durante los años en que las ejecuciones abundaban, fue el embajador español en Inglaterra quien envió a personas a recoger por la noche tantos restos de los mártires como pudieran, reliquias muchas de ellas reunidas ahora en el convento de Tyburn. Por otro, las palabras proféticas del padre Gregory Gunne quien, en 1585, hablando de la muerte del padre Campion, dijo «Llegará el día en que se podrá ver una casa religiosa aquí». El padre Gunne también fue apresado y durante su juicio repitió su profecía de que un día se alzaría una casa religiosa en Tyburn para honrar a sus mártires.

La vocación adoratriz de María Adele Garnier

AHORA nuestra historia da un salto en el espacio y en tiempo hasta la Borgoña francesa de mediados del siglo XIX. Allí, en 1838, nacerá María Adele Garnier, quien desde su juventud sintió deseos de entregarse totalmente a Cristo, especialmente a través del sacrificio eucarístico, que se convirtió en el centro de su vida espiritual. Esta entrega se concretó en su determinación de establecer la adoración perpetua al Santísimo Sacramento como modo de expresar plenamente su deseo de ofrecer al Sagrado Corazón de Jesús su merecido homenaje de amor y reparación, tan unidos estaban en el alma de María Adele la Eucaristía y el Sagrado Corazón. Así,

nuestra joven francesa se decide a vivir una vida de adoración eucarística como eremita en Montmartre, París, una vida que problemas de salud le obligarán a abandonar. Pero pocos años después, el Sagrado Corazón la llama a fundar una familia religiosa consagrada al culto a la Santísima Trinidad a través de la oración litúrgica y la adoración eucarística: las

Desde hace más de un siglo, en el lugar del martirio de tantos católicos, se adora perpetuamente a Jesús sacramentado, que muestra de este modo que pese a las apariencias del momento, la victoria es siempre suya.

Adoratrices del Sagrado Corazón de Montmartre, aprobadas en 1898. Poco tiempo pudieron estar en Francia, pues en 1901, como consecuencia de la ley Waldeck-Rousseau, las religiosas tienen que abandonar su país rumbo a Inglaterra.

La fundación del convento de Tyburn

MIENTRAS tanto, Londres se había extendido y el emplazamiento de Tyburn, antes a las afueras de la gran ciudad, quedaba ahora en un lugar céntrico y urbanizado. También habían cesado los martirios y en 1850 se había restablecido la jerarquía católica en Inglaterra. Asimismo, un benedictino había ido recopilando aquellas reliquias de los mártires de Tyburn, salvadas por piadosos cristianos como el embajador español en Inglaterra, que se encontraban dispersas por diferentes lugares y había ido agrupándolas en su convento.

Un día de aquel año 1901 el cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, recibió la carta de un sacerdote solicitándole ayuda y consejo sobre cómo encontrar una casa en la que albergar a las monjas expulsadas de Francia. La Providencia hizo que ese mismo día recibiese una carta de un laico católico, un abogado que sabía que el cardenal estaba bien al corriente de la profecía del padre Gunne hecha hacía más de tres siglos. Aquel abogado le avisaba de que una casa erigida junto al lugar donde antiguamente se alzaba el Árbol de Tyburn había salido a la venta. El cardenal no lo dudó: esa casa iba a ser para las monjas, que pasaron a ser conocidas como las monjas de Tyburn. Así, bajo los auspicios del cardenal Vaughan, se erigió en 1903 el convento de Tyburn, que tras la donación de las reliquias recolectadas por los benedictinos, se convirtió en «Santuario Nacional de los Mártires de Inglaterra y Gales». Allí vivió has-



Placa que da fe de lo que anunció el padre Gunne

ta su muerte, en 1924, María Adele Garnier, de quien se ha abierto recientemente la causa de beatificación. La fundadora de las monjas de Tyburn siempre tuvo claro el papel de la divina Providencia en esta fundación, pues veía, en palabras del cardenal Mercier de Malinas, cómo «la sangre de los mártires de Tyburn (Londres), a quienes aún con vida se les arrancaban los corazones por su amor a Jesús, por su amor al sacrificio de la Santa Misa y por la unidad de la Iglesia, era también la gracia final de su amor sacrificial».

Así desde hace más de un siglo, en el lugar del martirio de tantos católicos, se adora perpetuamente a Jesús sacramentado, que muestra de este modo que pese a las apariencias del momento, la victoria es siempre suya. La pequeña iglesia, adornada con los escudos de los mártires que entregaron su vida en Tyburn, gira en torno a la custodia donde se expone el Santísimo en medio de un silencio roto solamente por una campana cada media hora, que señala el cambio de su guardia de honor, compuesta por monjas que rezan ininterrumpidamente por la conversión de Inglaterra, la salvación de las almas y el sucesor de Pedro, invocando especialmente la intercesión de los mártires. Además, cada año, el último domingo de abril, cientos de católicos recorren en peregrinación el camino que hicieron antaño los mártires, desde el tribunal de Old Bailey, emplazamiento de la antigua prisión de Newgate, hasta el convento de Tyburn. La procesión transcurre en silencio, encabezada por un crucifijo y concluye con la solemne bendición con el Santísimo Sacramento a la multitud arrodillada en unas calles habitualmente repletas de tráfico. La profecía del padre Gunne se ha cumplido con creces e irradia aquella gozosa santidad de los mártires sobre todo Londres.

El testimonio de los mártires de Tyburn

La vida de Newman nos enseña también que la pasión por la verdad, la honestidad intelectual y la auténtica conversión son costosas. No podemos guardar para nosotros mismos la verdad que nos hace libres; hay que dar testimonio de ella, que pide ser escuchada, y al final su poder de convicción proviene de sí misma y no de la elocuencia humana o de los argumentos que la expongan. No lejos de aquí, en Tyburn, un gran número de hermanos y hermanas nuestros murieron por la fe. Su testimonio de fidelidad hasta el final fue más poderoso que las palabras inspiradas que muchos de ellos pronunciaron antes de entregar todo al Señor. En nuestro tiempo, el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio ya no es ser ahorcado, descoyuntado y descuartizado, pero a menudo implica ser excluido, ridiculizado o parodiado. Y, sin embargo, la Iglesia no puede sustraerse a la misión de anunciar a Cristo y su Evangelio como verdad salvadora, fuente de nuestra felicidad definitiva como individuos y fundamento de una sociedad justa y humana.

Benedicto XVI, discurso en la vigilia de oración en el Hyde Park por la beatificación del cardenal Newman (18.9.2010)

In memoriam Mn. Àngel Fàbrega (1921-2017)

ENRIQUE MARTÍNEZ



EL pasado 2 de enero de 2017 falleció a los 95 años de edad Mn. Àngel Fàbrega i Grau, tras una fecunda vida de servicio a Dios en el ministerio sacerdotal. Fueron innumerables sus trabajos apostólicos, sobre todo en el ámbito de la investigación histórico-eclesiástica; mas no podemos menos de destacar aquí su fiel dedicación a conservar y difundir el legado de Mn. Eudald Serra (1982-1967) y del padre Ignacio Casanovas S.I. (1972-1936), fundadores respectivamente del Foment de Pietat (1909) y de la Biblioteca Balmes (1923), que vertebraron institucionalmente lo que se conoce hoy como «Balmesiana». Este legado fue especificado por Mn. Àngel Fàbrega cuando, refiriéndose a la estrecha colaboración entre los fundadores, afirmaba: «De aquella compenetración mutua de pensamiento y de programa de actuación sacerdotal, sostenidos por una profunda y vívida devoción al Sagrado Corazón nació, al poco tiempo, la obra apostólica del *Foment de Pietat Catalana*. Esta obra había de ser

el organismo eclesial preparado amorosamente por el Señor para difundir y sembrar, en nuestro país, el afán de aspirar a la santidad, el afán de un progreso espiritual, basado en la devoción al Corazón de Jesús, que tanto había promovido su amigo común, el siervo de Dios, el obispo Torras i Bages, y que estaba orientado hacia la Luz, en la escuela de santa Teresa del Niño Jesús, siguiendo el caminito de la infancia espiritual. A partir de este momento este caminito sería propagado y divulgado entre sacerdotes y seglares de maneras y por caminos misteriosos e insospechados, que nunca llegaremos a conocer aquí en la tierra; pero siempre guiados y conducidos por la doctrina teresiana propuesta y divulgada por mosén Eudald Serra y por el padre Ignasi Casanovas a través de la acción apostólica del *Foment de Pietat*.

Como prolongación de esta profunda amistad espiritual, Mn. Àngel encontró en el padre Pedro Suñer S.I. un digno sucesor del padre Casanovas. Muchas fueron las actividades realizadas en Balmesiana por ambos en orden a promover aquella espiritualidad. Quien suscribe no puede olvidar la bienvenida que Mn. Àngel diera a las reliquias de la santa de Lisieux en 2003 en el patio central de la casa bajo una lluvia de rosas; o la semana de conferencias sobre la espiritualidad teresiana; o el recuerdo que gustaba explicar, no sin emocionarse, de Mn. Eudald poniendo en julio de 1936 la casa bajo la protección de santa Teresita; o la acogida sincera a aquellas instituciones que, en comunión de ideales, se iban vinculando a la Balmesiana, como Schola Cordis Iesu.

Al final del escrito antes referido Mn. Àngel confesaba la fidelidad al legado recibido: «Pero el Foment de Pietat, a través de sus dos herederas espirituales, las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa, prosigue su tarea apostólica y cumple la obligación contraída y proclama la ilusión de seguir promoviendo la devoción a santa Teresita y la enseñanza de su doctrina de la infancia espiritual. Estoy seguro de que desde el cielo mosén Eudald sigue cuidando de todos sus hermanos de la infancia espiritual que luchan por no abandonar el caminito enseñado por la Santa». No es de extrañar que la santa protectora de Balmesiana, nacida en Alençon un 2 de enero, quisiera venir a buscar en el día de su aniversario a su siervo bueno y fiel.

Mn. Eudald Serra y el «Foment de Pietat»

ÀNGEL FÀBREGA (†)

DIRECTOR de la Fundación Cultura Religiosa y Editorial Balmes Mosén Eudald Serra i Buixó nació en Vilassar de Dalt (Barcelona) en 1882. Desde muy joven sintió la vocación al sacerdocio, pero antes de iniciar los estudios eclesiásticos decidió estudiar la carrera de Derecho en la Universidad.

Fue ordenado el año 1906, a la edad de 24 años. Gran devoto del Sagrado Corazón, quiso celebrar la primera misa al cabo de pocos días y escogió el 22 de junio porque aquel día coincidía con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. La devoción al Sagrado Corazón sería durante toda su vida el eje en torno al cual giraría su apostolado sacerdotal. Por otra parte, fue un sacerdote cultísimo, un gran maestro espiritual, de trato personal y gusto artístico exquisitos, propagador fervoroso de la espiritualidad de san Ignacio de Loyola, de san Alfonso María de Ligorio, de san Francisco de Sales y, sobre todo, de santa Teresa del Niño Jesús.

A los cuatro años de haber iniciado el ministerio sacerdotal, durante unos Ejercicios, entró en contacto con quien, a partir de entonces, sería su director espiritual, el jesuita Ignasi Casanovas. Desde aquel momento los dos sintonizaron perfectamente, sobre todo en la devoción al Sagrado Corazón y en la devoción a santa Teresita.

Pero he aquí que –la Providencia juega con nosotros sin que lo advirtamos– a mosén Eudald, ya en su juventud le llegaron noticias de la que sería la segunda vertiente de su vida espiritual: la devoción recomendada fervorosamente, encomiásticamente por los papas de su tiempo, los de principios del siglo xx: san Pío X, Benedicto XV y Pío XI (y más tarde Pío XII): la devoción a santa Teresa del Niño Jesús.

En una fecha incierta de su primera juventud, hacia los quince años, y mientras el Señor vigilaba para que la vocación al sacerdocio madurara en su alma, cayó en sus manos un ejemplar de un libro singular, un libro –en francés– que se estaba difundiendo rápidamente por todo el mundo y que le impresionó y le conmovió: era la autobiografía de una monja joven, sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, que había muerto pocos años antes en el Carmelo de Lisieux, el 30 de septiembre de 1897: *Historia de un alma*. Este primer encuentro de mosén Eudald con la joven carmelita de Lisieux se convirtió en el primer pétalo de rosa de los mu-

chos que, más tarde, santa Teresita dejaría caer en las manos de aquel joven aspirante al sacerdocio.

Este libro, editado por primera vez en 1898 y copiosamente difundido durante los primeros años del siglo xx –cuando mosén Eudald celebró su primera misa (1906) ya se habían impreso y difundido más de doscientos mil ejemplares en lengua francesa y más de trescientos mil en otros idiomas– hizo, hace y hará tanto bien a las almas de nuestro tiempo –tanto a creyentes como a apartados, agnósticos o ateos– como la *Imitación de Cristo* hizo y hace desde que se escribió hasta hoy.

El encuentro con el padre Casanovas

HACÍA pocos años que mosén Eudald había cantado misa cuando, como hemos dicho, tomando parte en una tanda de ejercicios espirituales que un joven jesuita, el padre Ignasi Casanovas i Camprubí, dirigía en la Casa de Ejercicios de Sarrià, mosén Eudald Serra se sintió profundamente conmovido por lo que decía sobre el sacerdocio aquel luminoso director de la tanda. El impacto que aquellas enseñanzas espirituales del gran maestro produjeron en el espíritu de aquel joven sacerdote fue tan profundo que él y el padre Casanovas ya no se abandonaron nunca más. Sólo el martirio del padre Casanovas, inmolado en el otoño de 1936, les separó aquí en la tierra para siempre. Mosén Eudald acusó durante el resto de su vida la falta de apoyo espiritual que había recibido de su amigo y maestro.

De aquella compenetración mutua de pensamiento y de programa de actuación sacerdotal, sostenidos por una profunda y vívida devoción al Sagrado Corazón nació, al poco tiempo, la obra apostólica del Foment de Pietat Catalana. Esta obra había de ser el organismo eclesial preparado amorosamente por el Señor para difundir y sembrar, en nuestro país, el afán de aspirar a la santidad, el afán de un progreso espiritual, basado en la devoción al Corazón de Jesús, que tanto había promovido su amigo común, el siervo de Dios, el obispo Torras i Bages, y que estaba orientado hacia la Luz, en la escuela de santa Teresa del Niño Jesús, siguiendo el caminito de la infancia espiritual. A partir de este momen-



Edificio Balmales de estilo neogótico donde se encontraba la Biblioteca Balmales y la obra Foment de Pietat

to este caminito sería propagado y divulgado entre sacerdotes y seglares de maneras y por caminos misteriosos e insospechados, que nunca llegaremos a conocer aquí en la tierra; pero siempre guiados y conducidos por la doctrina teresiana propuesta y divulgada por mosén Eudald Serra y por el padre Ignasi Casanovas a través de la acción apostólica del Foment de Pietat.

Todo lo que, a principios del siglo xx, iba sucediendo, con extrema y desacostumbrada rapidez en la Iglesia, en torno a la figura de santa Teresita, bajo los pontificados de Benedicto XV y de Pío XI, era un toque de atención para los sacerdotes, cultos y piadosos de todo el mundo, como lo eran nuestros dos amigos: mosén Eudald y el padre Casanovas.

En 1910, sólo trece años después de la muerte de sor Teresa del Niño Jesús en Lisieux, se inició el proceso informativo diocesano; el 1914 el papa san Pío X firmó el decreto de introducción de la causa en la Congregación de Ritos; el 1917 se cerraba el proceso apostólico y el papa Benedicto XV dispensaba los cincuenta años que debían transcurrir desde la muerte hasta la beatificación. Entre 1920 y 1923 se hicieron las congregaciones preparatorias y la aprobación de los milagros de la venerable Teresa de Lisieux. Todo era concurrente... Sólo faltaba que el papa Benedicto XV dijera lo que dijo al proclamar el heroísmo de las virtudes de la joven carmelita de Lisieux para que al Foment de Pietat le faltase

tiempo para secundar de todo corazón aquello que el Papa pedía.

En efecto, Benedicto XV hizo en aquella ocasión un panegírico tan entusiasta y emotivo de la nueva venerable; hizo una exposición tan luminosa del camino de la infancia espiritual que ella había recibido, el encargo divino de enseñar a todo el mundo, que todos los asistentes al acto se sintieron contagiados por aquellos mismos sentimientos de emoción, tan espontáneos y sinceros del Santo Padre. Y desde aquel instante el Foment de Pietat se dispuso a hacer todo lo necesario para secundar el programa pontificio. Tanto más que los dos fundadores e impulsores de esta casa estaban en plena y absoluta sintonía con él. Todo esto sucedía cuando ya se habían iniciado las obras de la nueva sede del Foment, donde ahora nos encontramos.

Peregrinación de mosén Eudald a Lisieux

UNA vez acabada la primera casa nueva del Foment (Duran i Bas, 11) e inaugurada y abierta al público su flamante Biblioteca Balmales, mosén Eudald, que cada día vivía más intensamente la devoción a santa Teresita, creyó que, para ser más conscientes de lo que significaba vivir la espiritualidad teresiana y de esta manera difundirla más conscientemente después, sería bueno peregrinar a Lisieux. Y allí se fue. Era a mediados

de junio de 1928. Hacía justamente un año que el Foment de Pietat había publicado por primera vez, traducida al catalán, la *Història d'una ànima*.

Aunque se trató de una peregrinación estrictamente personal y familiar— sólo le acompañaban su hermana Montserrat, su cuñado Enric y su compañero en las tareas editoriales mosén Pere Ginebra i Espona— aprovecharon la ocasión para recorrer después diversos lugares de la Europa central. Pero una vez en Lisieux mosén Eudald quiso quedarse unos días —ésta era la razón del viaje— para conocer las personas y los lugares que habían tenido una relación directa con la vida de santa Teresita: Lisieux, Les Buissonnets, Alençon, Bayeux, etc. En Lisieux visitaron el convento carmelitano y su claustro, la habitación de la Santa, la enfermería, el paseo de los castaños, etc. y, sobre todo, la iglesia —la de entonces— que servía de estuche al sepulcro de la Santa. La imagen de santa Teresita lucía ya entonces la rosa de oro que le había ofrecido el papa Pío XI en 1925, cuatro meses después de haberla canonizado.

Fue en aquella ocasión cuando consiguió hacer una visita distendida y mantener una conversación intensa con las tres hermanas, todavía vivas, de santa Teresita. Esta visita tuvo lugar el 24 de junio de 1928. En esta ocasión los peregrinos barceloneses obtuvieron un cuadro con la efigie de la Santa, debajo de la cual la priora, la madre Inés de Jesús (hermana de la Santa) escribió en presencia de ellos su firma autógrafa; y, además, un libro encuadernado con mucho cuidado —las obras completas de santa Teresita, edición de 1923— en el que las tres hermanas pusieron su firma: la madre Inés de Jesús (Paulina), sor María del Sagrado Corazón (María, su hermana mayor y su madrina en el bautizo) y sor Genoveva de la Santa Faz (Celina). No hace falta decir que tanto el cuadro como el libro se conservan en esta casa como auténticas reliquias de Lisieux.

En 1898 se publicó la primera edición en francés de *Historia de un alma*. Desde entonces se han difundido millones de ejemplares por todo el mundo. En 1927 en ocasión del segundo aniversario de la canonización de santa Teresita el Foment de Pietat decidió publicar íntegramente y en catalán la obra. En 1911 había sido traducida y publicada en castellano por el padre Romualdo de Santa Catalina, carmelita descalzo, y se difundió por toda España.

El Foment encargó al padre Lluís de Santa Teresa, carmelita descalzo, la traducción íntegra al catalán a partir del original francés. La obra fue editada inmediatamente, con la supervisión del Office Central de Lisieux, y se difundió por toda Cataluña. Agotada rápidamente la primera edición, se reimprimió varias veces en los años sucesivos.

Fue tan grande el impacto de la narración de aquella visita a las hermanas de la Santa y a los lu-

gares teresianos de Lisieux entre los amigos de mosén Eudald que promovió el entusiasmo y aumentó intensamente la devoción a santa Teresita de todos los colaboradores de la obra del *Foment de Pietat*. De una manera especial, esto afectó la sensibilidad del padre Casanovas. Uno de los frutos de este contagio espiritual fue el estudio profundo y exhaustivo escrito inmediatamente por el padre Ignasi Casanovas: *L'ànima de santa Teresa de Jesús Infant*, publicado por el *Foment de Pietat* en 1929, un año después de la peregrinación a Lisieux.

El padre Casanovas decía en el prólogo del libro que no había sido su intención escribir una vida de la Santa, que otros ya habían hecho. Con su mirada profunda de escrutador de espíritus selectos, quería acercarnos al alma de santa Teresita. «*La Història d'una ànima* —decía—, es una admirable narración, espontánea e íntima, hecha a unas hermanas que querían conservar los recuerdos fraternales, pero le falta la unidad y el orden convenientes para que todo el mundo obtenga un concepto cabal y armónico de la vida de la Santa...». En 1942 esta obra fue traducida al castellano y difundida por todo el mundo hispano...

El padre Casanovas había preparado este libro con tanta ilusión, veneración y estima por la Santa que nada le dolía con tal de que todo el esfuerzo contribuyera a hacer amar más a santa Teresita. Por esto mientras escribía el libro, él y mosén Eudald decidieron encargar a los mejores artistas de Barcelona unas láminas para ilustrarlo. El dibujante Dionís Baixeras diseñó tres grandes láminas de la Santa: a los tres años, con un crucifijo entre las manos llenas de rosas y en el lecho de muerte; el pintor Ramon Casas hizo otras tres: a los trece años, con el velo de novicia y vestida de profesora; y el maestro J. Vila Prades pintó un cuadro que representa a la Santa deshojando rosas en un jardín.

El Foment, bajo la protección de santa Teresa

EL año 1930 el Foment de Pietat publicó en catalán algunas páginas de lo que en 1924 habían publicado las monjas de Lisieux, con el título de *Cartes, consells i records de santa Teresa de Jesús Infant*. Se trataba de cinco cartas a tres de sus hermanas, dos a dos primas; consejos y recuerdos de la Santa y seis oraciones compuestas por ella misma.

Al cabo de dos años, en 1932, el Foment publicó *A l'escola de santa Teresa de Jesús Infant*, que aunque era anónima todo el mundo sabía que había sido escrita por Paulina, la hermana de santa Teresita, o sea, la madre Inés de Jesús. Por eso tiene la misma autoridad para conocer el pensamiento de



Imagen de santa Teresita que se venera en la capilla de Balmesiana

la Santa, que poco antes de morir le había dicho: «Madre mía, será necesario que reviséis todo lo que he escrito. Si creéis conveniente suprimir algo, o añadir lo que os he dicho de palabra, será como si lo hubiera hecho yo misma». En este libro habla la Santa y se trasluce su espíritu con toda fidelidad.

Y todavía en 1933 Ferran de Sagarra y de Siscar publicaba en el Foment su opúsculo *Missió providencial de santa Teresa de Jesús Infant*, con el subtítulo de pluja de roses (ya usado por Lisieux en 1924) donde el autor propone, en 44 breves capítulos, la vida, la espiritualidad, los procesos de beatificación y canonización de la Santa y los documentos pontificios correspondientes.

Todo esto no era más que la preparación, todavía lejana, de lo que se proponían mosén Eudald y el padre Casanovas para difundir la espiritualidad de la santita de Lisieux.

Desgraciadamente, la historia, guiada, como siempre, por la Providencia inescrutable de Dios nuestro Señor encaminó la sociedad española y catalana de aquellos años por unos caminos distintos de los que se proponían los hombres, incluso de los hombres de Iglesia. La República, con sus leyes anticristianas, condenadas públicamente por el Papa y por el episcopado español, propició la persecución sangrienta contra la Iglesia católica, que ocasionó miles de mártires en el sentido más auténtico de la palabra. El Foment de Pietat pagó también su tributo de sangre martirial ofreciendo a Dios la inmolación del propio padre Casanovas y de otros tres sacerdotes redactores y seis colaboradores, sacerdotes y seglares.

El 21 de julio de 1936, antes de dejarlo todo en

manos de la Providencia, mosén Eudald me pidió que le acompañase a la capilla para sumir las sagradas formas del sagrario. Antes de despedirnos nos arrodillamos delante de la imagen de santa Teresita, la misma que preside uno de los altares laterales, e hicimos una breve oración personal, en silencio, un minuto o dos.

En febrero de 1939, recuperada la paz, nos encontramos y me explicó con una alegría inmensa qué había pedido en aquella plegaria del 21 de julio: había encomendado el edificio de sus ilusiones, el Foment de Pietat, a la protección de santa Teresita... y santa Teresita lo había salvado del fuego y de la destrucción.

La Hermandad de la infancia espiritual

DESPUÉS de la guerra civil, que supuso la violentísima persecución anticristiana más violenta que ha conocido España, mosén Eudald, al encontrarse solo —el padre Casanovas había derramado la sangre in *odium fidei*— sin desmayar, confiando siempre en la voluntad amorosa y providente de Nuestro Señor, recuperó todo lo que pudo de la casa y, como muchos otros, se dispuso a reemprender el camino que los enemigos de la fe le habían obligado a dejar. Tal como había hecho siempre, cada día, después de la misa en la capilla del Foment se sentaba en el confesionario para atender a todos los que acudían en busca de consejo, consuelo o estímulo espiritual. Simultáneamente, promocionaba la doctrina espiritual de santa Teresita en

la predicación. Primero buscó la ocasión de enseñar esta doctrina en los actos vespertinos de devoción al Sagrado Corazón de Jesús que se celebraban los primeros viernes de mes en la capilla; y más tarde en los mismo actos vespertinos de los primeros sábados en honor del Corazón de María; finalmente, creando una hermandad espiritual entre los asistentes a ambos actos, que sería después aprobada por el obispo con el nombre de Hermandad de infancia Espiritual.

Su sistema de propagar, de manera personal e individualizada, la devoción a santa Teresita creció espectacularmente cuando el rector del seminario de Barcelona le pidió que diera unas pláticas a los alumnos del seminario mayor y le atribuyó el cargo de confesor de los que estaban a punto de ser ordenados.

Al mismo tiempo, el Foment, por medio de su Editorial Balmes, trabajaba en la misma línea. Casi todas las pláticas que mosén Eudald dirigía a la Hermandad se publicaban con el título genérico de *Llibrets d'instrucció piadosa: per seguir el camí de la infància espiritual*.

Con el mismo espíritu que mosén Eudald infundió a sus sermones y conferencias, colaboraron otros autores. Una obra importante, tanto por el contenido como por el estilo literario de su traductora fue el librito *Poemes de santa Teresa de Jesús Infant*, en la versión catalana que hizo la poetisa mallorquina Maria Antònia Salvà.

En esta época, y buscando una biografía de la Santa para divulgarla entre sus devotos, el Foment de Pietat halló que un dominico francés, el teólogo P. H. Petitot había publicado un volumen histórico-ascético sobre el tema titulado *Santa Teresita de Lisieux. Un renacimiento espiritual*. La obra fue publicada en 1948 por Editorial Balmes. Agotada esta edición, se publicaron otras dos.

En 1950 el Foment tuvo noticias de un nuevo estudio de la Santa de otro gran teólogo, el dominico Michel Marie Philipon, *Santa Teresa de Lisieux: un camino enteramente nuevo*. Mosén Eudald escribió al autor interesándose por el libro. Al cabo de pocos meses, tras uno de sus numerosos viajes a Sudamérica, el padre Philipon llamaba a la puerta de nuestra casa para entrevistarse con mosén Eudald. Era la hora de comer de un mediodía del mes de junio de 1951.

Mosén Eudald no dudó ni un momento en recibir

aquella visita tan esperada como inesperada. A partir de aquella conversación, los dos entablaron una gran amistad, que duraría toda la vida. Como consecuencia del encuentro, el padre Philipon autorizó la traducción de la obra al castellano.

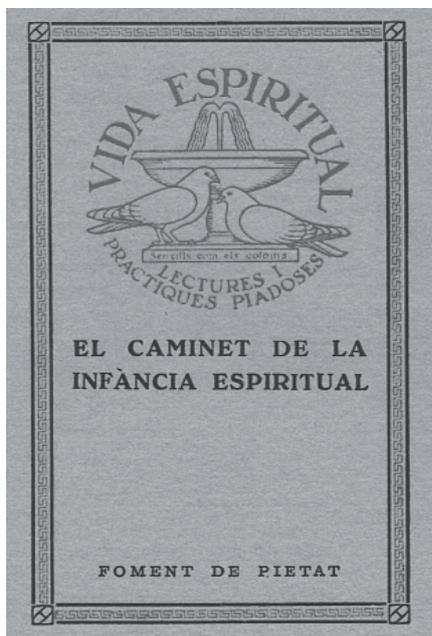
«Los sabios y entendidos» de este mundo, a quienes el Señor a menudo cierra la puerta para que no comprendan aquello que hace ver claro a los «pequeños y humildes» a veces provocan, bajo la mirada vigilante de la Providencia, situaciones que aclaran o ayudan a comprender ciertos problemas que se presentan en el camino de la salvación.

En el caso de santa Teresita, hacía años que algunos teólogos y escritores de espiritualidad no encontraban el hilo conductor de los diversos documentos que formaban la famosa *Història d'una ànima*. Hasta que el Carmelo de Lisieux publicó una edición en facsímil de todos los originales tal como salieron de las manos de la Santa. Esto hizo posible que los expertos pudiesen estudiar y valorar las enmiendas y las manipulaciones introducidas en el texto original.

De esta manera salió a la luz la edición crítica de la obra, que a partir de entonces se titularía *Manuscritos autobiográficos*. Entonces sí vio cuáles eran las enmiendas introducidas por la propia Teresita y cuáles eran manipulaciones debidas a las «exigencias enfermizas de la madre María de Gonzaga».

De todas formas, aunque este esfuerzo de restablecer los textos originales era muy loable, la santa Teresita de la *Història d'una ànima* era esencialmente la misma de los *Manuscrits autobiogràfics*. Pero el Foment no podía estar ausente de la polémica y en 1963 publicó en catalán, en una edición muy cuidada, los *Manuscritos*.

Mosén Eudald Serra murió en la paz del Señor el 29 de marzo de 1967, a los 85 años de edad y 61 de ministerio sacerdotal. Pero el Foment de Pietat, a través de sus dos herederas espirituales, las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa, prosigue su tarea apostólica y cumple la obligación contraída y proclama la ilusión de seguir promocionando la devoción a santa Teresita y la enseñanza de su doctrina de la infancia espiritual. Estoy seguro de que desde el Cielo mosén Eudald sigue cuidando de todos sus «hermanos de la infancia espiritual» que luchan por no abandonar el caminito enseñado por la Santa.



Cristo como «puente» y con su corazón abierto

GUILLERMO PONS PONS



Éxtasis de santa Catalina, Puebla, Méjico (s.XIX)

La espiritualidad de Catalina de Siena

UNA figura emblemática de la espiritualidad medieval es la de Catalina Benincasa, una joven mujer a la que Pío XII declaró patrona de Italia, Pablo VI la proclamó doctora de la Iglesia y Juan Pablo II la situó entre los diversos santos que comparten el patronazgo de Europa. Ciertamente, se trata de una personalidad extraordinaria, tanto por su intervención en los acontecimientos históricos de su tiempo como por su doctrina y magisterio espiritual que perdura con su frescor inicial.

Nació Catalina en Siena el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, de 1347. Su vida transcurrió, como la de la Virgen, por un camino de plena fidelidad a la llamada de Dios, y su labor pacificadora constituyó un espléndido homenaje a Cristo, el cual, al llegar la hora de la Pasión, entró en Jerusalén como Príncipe de la Paz «bajo un clamor de olivos». (Liturgia de las Horas II, Primeras Vísperas de Domingo de Ramos)

La excelencia de esta santa como doctora de la Iglesia y maestra espiritual nos la indicaba elogiosamente Benedicto XVI, diciendo que «de santa Catalina aprendemos la ciencia más sublime: conocer y amar a Jesucristo y a su Iglesia»¹.

Una bella ciudad sobre tres colinas

SIENA en el siglo XIV era ya una de las poblaciones más hermosas de Italia y relativamente populosa, superando incluso a Roma por el número de habitantes. La Ciudad eterna edificada sobre sus siete famosas colinas era ciertamente de mayor amplitud, pero tenía por entonces grandes espacios vacíos y con muchos edificios y monumentos sumamente degradados, mientras que Siena

1. Catequesis en la audiencia general del 24 de noviembre de 2010.

sobre sus tres colinas resplandecía por sus magníficas construcciones con multitud de torres que le daban el aspecto de un cañaveral formado por sus artísticos torreones.

Se trataba de un municipio independiente, regido por una asamblea representativa de sus diversos estamentos. Sus moradores en ese tiempo eran muy celosos de su independencia y regían todo el territorio circundante. Aparte de la producción agrícola de sus campos, su mayor fuente de riqueza y de prestigio era la habilidad de sus artesanos, así como el auge de sus transacciones monetarias y del comercio marítimo que desarrollaban conjuntamente con los mercaderes de Pisa.

Los pobladores de Siena disfrutaban de una prosperidad que influía en ciertas costumbres algo libertinas, y con frecuencia se dejaban llevar de un carácter impetuoso que causaba no pocos enfrentamientos y trastornos en la ciudadanía. Pero, a pesar

La excelencia de esta santa como doctora de la Iglesia y maestra espiritual nos la indicaba elogiosamente Benedicto XVI, diciendo que «de santa Catalina aprendemos la ciencia más sublime: conocer y amar a Jesucristo y a su Iglesia».

de ello, no faltaban en esa ciudad y su territorio un profundo sentido espiritual y unas arraigadas instituciones religiosas favorecedoras de una intensa vida cristiana. Según la escritora noruega Sigrid Undset, la cual supo analizar muy certeramente la personalidad de santa Catalina, (a través del tejido de su estructura ciudadana) pasaban como hilos de plata de amor cristiano, de piedad honda y sincera en los conventos y en los sacerdotes buenos, y en las cofradías de hombres y de mujeres que habían consagrado su vida al bien del prójimo. Ricos y pobres, en la medida de sus fuerzas, miraban por los enfermos, los pobres y personas sin familia, atendéndolos con generosidad»². Dentro de este ambiente de una ciudad cristiana medieval se produjo la eclosión de esta preclara mujer, que ha venido a ser una de las figuras más destacadas de la Iglesia y de la cultura occidental cristiana.

2. Sigrid UNDSET, *Santa Catalina de Siena*, Encuentro (Madrid 2009) p.18.

Afiliada a las «mantellate» de santo Domingo

CATALINA era hija de un tintorero llamado Jacobo Benincasa, socialmente bien situado, puesto que tenía un importante taller en el que trabajaban, además de algunos de sus hijos, otros jóvenes aprendices. Era un hombre honrado, de genio suave y buen cristiano. Su esposa, Lapa, tenía un carácter más vivaz. Era una responsable madre de familia con copiosa descendencia y que sentía un singular aprecio hacia Catalina a la que había dado a luz junto con otra melliza que murió muy pronto. Lapa fue la que narró muchas anécdotas de la infancia de Catalina a su primer biógrafo, el beato Raimundo de Capua.

Este escritor refiere que Catalina cuando tenía seis años tuvo inesperadamente una visión en la que aparecía Cristo sobre el cielo por encima del convento de los dominicos, y que el Señor la bendijo y ella

seguía mirando absorta hacia lo alto, hasta que su hermano Esteban la tomó del brazo y ambos regresaron a casa. Ella sólo le dijo que había visto algo que la llenó de felicidad. Desde entonces la niña se sintió tan atraída hacia Jesús que concibió el propósito de vivir siempre empapada de su amor. Era simpática y atractiva. Sus vecinos y conoci-

dos la invitaban con frecuencia. Su madre, prendada de ella, concibió la idea de que apenas llegara a la adolescencia, como solía ocurrir, podría concertarse para ella un favorable matrimonio. La jovencita no pensaba en ello, sino en dedicar su vida a Jesús, pero se convenció de que Dios no quería que entrara en algún convento, sino que permaneciera en su casa llevando una vida de intensa piedad. Esta decisión le llevó hacia los doce años de edad a cortarse su hermosa cabellera y cubrirse con un modesto velo.

Sus familiares, y especialmente su madre, se mostraron contrariados ante esos proyectos. Su padre propuso que un dominico al que antes de entrar en la Orden; habiendo quedado huérfano, le habían acogido como un hermano más de la numerosa familia, fuera quien aconsejara a Catalina disuadiéndola de ese modo de vida que ella quería llevar. Este fraile, que se llamaba Tomás de la Fonte, se entrevistó con Catalina y quedó convencido de que no podía oponerse a la voluntad de Dios, por lo cual le aconsejó seguir el camino emprendido.

Catalina se hizo cargo de las labores domésticas con mucha diligencia y para afianzar sus buenos propósitos pidió unirse a un grupo de mujeres afiliadas a la orden de santo Domingo, pero sin ser religiosas. Eran las Hermanas de la Penitencia, a

quienes el pueblo llamaba *mantellate*. Al principio se oponían a acogerla entre ellas, porque no era costumbre admitir a muchas jóvenes, pero al fin se avinieron a ello. Su padre fue quien al fin más le apoyó en este asunto y reunida la familia, dijo: «Desde ahora nadie molestará a esta querida hija mía ni se atreverá a ponerle obstáculos. Dejádla servir a su Esposo con entera libertad»³.

Consejera y maestra espiritual

Los cuatro primeros años de Catalina como *mantellata* fueron simplemente de intensa vida de oración y de sacrificio. Pronto, sin embargo, empezó a hablarse en la ciudad de esa joven de unos veinte años cuya espiritualidad era motivo de críticas o de apoyos. Personas de muy diversa categoría acudían a ella en demanda de consejo y de dirección de sus almas. Ella no podía resistirse a encauzar por el camino de la virtud y devoción a quienes se le acercaban. Se fue imponiendo en muchos ciudadanos el respeto y la admiración hacia ella. Este numeroso grupo de personas la consideraban como su maestra espiritual y le consultaba toda clase de cuestiones, que a veces afectaban a la vida pública de la ciudad y su fama ya se extendía por otras poblaciones.

En 1376, cuando ella tenía 29 años de edad, los ciudadanos de Florencia quisieron incluir a Catalina en una comisión de personas elegidas para ir a la corte pontificia de Aviñón, donde por entonces residía el Papa, a fin de gestionar el arreglo de las penas canónicas que afectaban a los florentinos. Ella no quiso negarse a una intervención de tanta importancia para el bien de las almas. Desde entonces ella se ganó la confianza del pontífice Gregorio XI, quien le confió delicadas misiones en pro de la justicia y de la paz. Ella no dudó en convertirse en humilde pero firme consejera del Papa, quien por sus ruegos y advertencias se decidió a dejar su residencia en Aviñón, en contra de las presiones y súplicas de muchos, y retornó a Roma, llegando a los Estados Pontificios a finales de aquel mismo año de 1376.

3. Ibid., p. 39. La fuente de estos relatos es especialmente la vida de la santa escrita por Raimundo de Capua.

La doctrina de Cristo como «puente»

EL papa Pío II, de la familia Piccolomini y que siempre se consideró sienés, en la bula de canonización de Catalina, efectuada en 1461, en referencia a su magisterio dice: «Nadie se le acercó nunca sin volver más instruido o mejor. Su doctrina fue infusa, no adquirida. Ella apareció como un maestro, sin haber sido discípulo. Los doctores en ciencias sagradas, los obispos de las grandes iglesias, le proponían las cuestiones más difíciles sobre la divinidad; acerca de ellas recibían las respuestas más sabias, marchándose como corderos después de haber venido como orgullosos leones y lobos amenazadores»⁴. Ha sido muy notable el influjo de Catalina de Siena en los místicos posteriores.

Como mejor se puede conocer la doctrina espiritual de Catalina es en sus escritos, o sea, en sus numerosas cartas, en sus *Oraciones* y *Soliloquios*, y sobre todo en su obra más extensa y significativa, que ella llamaba «mi libro» y que se conoce generalmente con el título de *El Diálogo*, porque se

Catalina se convirtió en humilde pero firme consejera del Papa, quien por sus ruegos y advertencias se decidió a dejar su residencia en Aviñón, en contra de las presiones y súplicas de muchos, y retornó a Roma, llegando a los Estados Pontificios a finales de aquel mismo año de 1376.

compuso a base de sus diálogos con el Señor, especialmente durante sus éxtasis, siendo sus discípulos quienes por encargo de ella iban transcribiendo sus luminosas palabras, y después la santa revisaba cuidadosamente lo escrito.

El estilo de este libro es vivo y penetrante, lleno de sugestivas metáforas y de pensamientos profundos, manifestados con un estilo ardiente y fascinante. Uno de los símbolos más significativos es el del «puente», que se aplica a Jesucristo, Dios y hombre, y mediador entre Dios y los hombres.

Es evidente que la mediación de Cristo ante Dios y su acción como intercesor ante el Padre es una verdad que está basada en la unión del Verbo con la naturaleza humana, o sea, el misterio de la encarnación de la persona divina del Hijo, en lo cual se fundamenta su oficio de intercesión. *El Catecismo de la Iglesia católica* lo expresa así: «Jesucristo, habiendo

4. Bula *Misericordias Domini*, de 28 de junio de 1461.

entrado una vez por todas en el santuario del Cielo, intercede sin cesar por nosotros como el mediador que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo». ⁵ Esta infusión de los dones del Espíritu se manifiesta de un modo singular en los escritos de esta doctora de la Iglesia que es santa Catalina.

La doctrina del puente se fundamenta de un modo especial en las palabras de Cristo: «Y yo cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). Estas palabras se refieren a la cruz, cuyo destino glorioso apunta al misterio de la ascensión del Señor. De todo ello derivan las enseñanzas que Catalina siente que le son manifestadas por Jesús o por Dios Padre, para el bien de las almas, a fin de que conozcan cómo llegar a la plenitud del amor a la que son llamadas. He aquí algunas de estas luminosas manifestaciones: «Este puente, mi Hijo unigénito, tiene tres escalones, de los cuales dos fueron hechos sobre el madero de la cruz. En el tercero sentí la gran amargura al darme a beber hiel y vinagre. (...) Así todas las cosas (Cristo) las atrajo a sí, para manifestar el indecible amor que os tenía, pues el corazón humano es siempre atraído por el amor, si es que, como ignorante, no hace resistencia a dejarse atraer». ⁶

Después sigue la exposición de la doctrina espiritual contenida en la imagen del puente, manifestando que está construido con piedras, que significan las virtudes y añade que en el puente se encuentra «la tienda del jardín de la santa Iglesia. Ella tiene y administra el pan de vida y la bebida de la sangre,

En las revelaciones y enseñanzas transmitidas por Catalina de Siena aparece muy destacadamente como alegoría del amor de Cristo, su Sagrado Corazón

para que mis criaturas, cansadas, viandantes y peregrinos, no desfallezcan en el camino». Luego dice: «Pasado el puente se llega a la puerta, que es, a la vez, puerta y puente. Por eso dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; quien pasa por mí no va a las tinieblas, sino a la luz. Y en otro lugar dijo: “en mi Verdad que nadie puede venir a mí si no es por Él”, (Jn 14, 6), y así es» ⁷.

La doctrina del puente enseña que aunque Cristo, que es el puente, subió al Cielo, no por eso se apartó de la tierra y el Espíritu Santo es enviado para alentar con sus dones a quienes siguen el camino de Cristo: «Levantado (Jesús) a lo alto y vuelto al Padre,

5. CIC, n. 667

6. *El Diálogo*, 26: BAC 415 (Madrid 2007, p. 100-101)

7. *Ibid.*, 27, p. 103

yo envié al Maestro, es decir, al Espíritu Santo, que llegó con mi poder, y con la sabiduría de mi Hijo, y con su propia clemencia, la del Espíritu Santo. Él forma un todo conmigo, el Padre, y con el Hijo. De esta manera consolidó el camino de la doctrina que dejó mi Verdad en el mundo, y con ello, cesando la presencia del Hijo, no desapareció la verdad ni la virtud, verdaderas piedras fundadas sobre esta doctrina, que es el camino que nos ha preparado este dulce y glorioso puente». ⁸ La consideración de Cristo como «puente» la tiene también presente Benedicto XVI cuando dice: «El Hijo de Dios se hace hombre para que se dé el verdadero puente, se dé la verdadera mediación» ⁹.

Mansión del alma en el Corazón de Jesús

EN las revelaciones y enseñanzas transmitidas por Catalina de Siena aparece muy destacadamente como alegoría del amor de Cristo, su Sagrado Corazón, a veces mencionado simplemente como su costado abierto, del interior del cual procedía una simbólica túnica, signo de protección y de místico desposorio. ¹⁰ En otra visión el Señor hizo que ella aplicara sus labios a la herida del costado, fuente de vida que la sació con celestial dulzura. ¹¹

Otra experiencia mística muy singular fue el «intercambio de corazones», que aparece en la biografía escrita por Raimundo de Capua, y a ello hace especial referencia la mencionada catequesis de Benedicto XVI. Catalina había hecho ofrenda de su corazón, que Él se llevó en su mano. Al poco tiempo se le apareció de nuevo el Señor trayendo en su mano un corazón esplendoroso que introdujo en el pecho de ella, diciéndole: «Amada hija mía, así como el otro día tomé tu corazón, que tú me ofrecías, ahora te doy el mío, y de ahora en adelante estará en el lugar que ocupaba el tuyo». El Papa es quien cita estas palabras sacadas de la mencionada vida de Catalina, y explica el profundo simbolismo del hecho, diciendo: «Catalina vivió verdaderamente las palabras de san Pablo: ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gal 2, 20)». ¹²

8. *Ibid.*, 29, p. 105-106

9. *Encuentro con los párrocos de Roma* 1.2, 18 de febrero de 2010

10. Sigrid UNDSSET, *Santa Catalina de Siena*, cit. p. 45 y 69

11. *Ibid.*, p. 84 y 99

12. *Catequesis en la audiencia general del 24 de noviembre de 2010*



Santa Catalina. Escuela florentina (s.XVII)

Catalina había recibido el don de las cinco llagas de Cristo, pero de tal modo que no aparecieran visiblemente, tuvo un día el gozo de contemplar como entraban en el costado de Cristo una gran multitud de personas conducidas por muchos santos, entre los cuales distinguió a santo Domingo.¹³

Al tratar de Cristo como puente en *El Diálogo*, también de un modo muy claro y especialmente sig-

13. Sigrid UNDSSET, *Santa Catalina de Siena*, 184

nificativo, aparecen hermosas referencias al corazón de Cristo. Refiriéndose a los tres peldaños del puente, ha escuchado que Dios Padre le dice: «El primer escalón son los pies, que significan el afecto. Como los pies soportan el cuerpo, así el afecto soporta al alma. Los pies sujetos constituyen el peldaño para llegar al costado, donde se manifiesta el secreto del corazón. Porque, subido uno a los pies del afecto, comienza el alma a saborear el afecto del corazón, poniendo los ojos de la inteligencia en el Corazón de mi Hijo, donde halla consumado e indecible amor».¹⁴

En la espiritualidad de Catalina, la adhesión y el amor al Corazón de Jesús está bellamente vinculado con la protección maternal de la Virgen. Como se ha dicho, ella fue vestida con una túnica recibida de Cristo. Se conoce también una mística experiencia: la visión de una mujer vestida de resplandor, la Reina del Cielo, la cual le presentó una túnica reluciente por las perlas y piedras preciosas que la adornaban, y le dijo: «Hija, esta túnica estaba guardada en la herida del corazón de mi Hijo como en un cofre de oro. Yo la saqué del corazón de mi Hijo y le cosí las perlas con mis propias manos». Catalina se inclinó y Nuestra Señora le puso el vestido celestial sobre la cabeza.¹⁵

Santa Catalina de Siena murió en Roma a los treinta y tres años de edad el 29 de abril de 1380, domingo antes de la Ascensión del Señor, cuando estallaba el esplendor de la primavera. Su sepulcro se halla en la iglesia, que es casi el único templo gótico de Roma, la de Santa María Sopra Minerva. Nunca ha cesado de resonar en la Iglesia de Cristo la voz suave y diligente de esta joven santa del siglo XIV.

14. *El Diálogo*, 26. cit., p. 100

15. Sigrid UNDSSET, *Santa Catalina de Siena*, 45

La pureza nace del amor

Joven era el corazón y el cuerpo de san José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su Maternidad divina, cuando vivió junto a ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad.

San Josemaría Escrivá de Balaguer, de la homilía; *En el taller de José*, (19-III-1963).



San León Magno y Atila

MARÍA JAURRIETA MANRESA



EN las estepas orientales Atila, hijo de Mundzuck sube al trono, logrando la unión de todos los pueblos bajo un solo mando, el suyo. El gran político y mejor guerrero, de apariencia pálida, achatada y sin embargo monstruosa, ve desde su palacio de madera cómo cae el gran Imperio romano, mientras recibe tributos en su corte de todos los pueblos, tanto bárbaros como romanos. Su primer ministro era el padre de Odoacro, su secretario; un romano de la provincia de la Pannonia, del Imperio bizantino que recibía desde tiempos atrás un tributo exorbitante en metálico. Atila estaba en posesión de los secretos de todas las cortes. Sus guerreros asolaban todo el territorio en sus correrías y por donde pasaban los cascos de sus caballos «no volvía a crecer la hierba».

En el 451 Atila comienza una campaña hacia Occidente, convenciendo previamente a los respectivos gobernantes de que no se dirigía contra ellos. Al emperador romano le aseguró que aquella era

una expedición de castigo a los visigodos, eslavos huidos de sus territorios; a los propios visigodos les confirmó que deseaba librarles del yugo romano. A sus propias huestes les prometió en cambio batallas y como premio un cuantioso botín.

De este modo los hunos subieron por la ribera del Danubio, conquistando las ciudades en el camino (Tréveris) y arrastrando a los pueblos allí asentados con ellos, de modo que conforme avanzaba, su ejército aumentaba. A su paso por las Galias sin embargo todos huían a los bosques; saquearon Metz; en Reims, el obispo salió animosamente a detener al conquistador, pero la única respuesta que recibió a su petición de clemencia fue su condena a muerte. En la ciudad de Orleans, Atila encontró mayor resistencia y puso sitio a la ciudad. El general Aecio se armaba y, reclamando a los visigodos su ayuda, acudió (aunque tarde) en ayuda de la ciudad. En la llanura de los campos Cataláunicos se enfrentó a las huestes de Atila. Esta batalla puso sobre el mapa a

tres potencias, de las cuales una lograría el dominio de Occidente: el imperio decadente de Roma, el poder efímero de los hunos, o la capacidad y fortaleza de los pueblos germánicos. Al final del encuentro el general Aecio logró atrapar al ejército huno, pero, aunque diezmado, «el azote de Dios» logró escapar del cerco y se dirigió a los Alpes por la Pannonia sin encontrar (según narran las fuentes) ningún tipo de resistencia, y se plantó en Mantua dispuesto a abalanzarse contra la ciudad eterna, Roma.

En Roma se encontraba en ese momento el emperador Valentiniano III. Temblando ante la cercanía de los escuadrones de hunos, y tras largas discusiones entre el senado, el emperador y el pueblo romano, se decidió pedir la paz al invasor, medida humillante y considerada incluso indecorosa. La alternativa a esta decisión era llamar al general Aecio y su ejército —que había vencido a los hunos en los campos Cataláunicos—, pero esta idea fue rechazada porque gran parte de los cortesanos romanos eran enemigos políticos del general. De esta manera se formó una embajada encargada de negociar la paz constituida por los principales de la ciudad: el ex prefecto del pretorio, Trigeccio, representante del Emperador; el consular Avieno, de parte del senado; y el papa León, como intérprete de los sentimientos comunes del pueblo.

A san León Magno se le consideraba poseedor de virtudes propias de un hombre de fe, de un gobernante y de un obispo, interviene con éxito en diversas embajadas y es considerado un gran diplomático. En la época de esplendor de la elocuencia y la Patrística en Oriente, el pontífice cuida del depósito de la fe, con una elocuencia grave y sencilla. Conocedor además como nadie de la situación en la que se encontraba el mundo, no cejaba en su empeño de dar a conocer una intuición que él tuvo: la misión espiritual de Roma. En sus sermones y escritos muestra cómo la Providencia vigila la existencia de la Roma antigua, que, en un momento dado, sabe dar paso a la nueva Roma cristiana, depositaria de los valores espirituales de la antigüedad y origen de una cultura que hunde sus raíces en el mensaje de Cristo. Las circunstancias en las que san León Magno ejerce su pontificado, no le permitían limitarse a ser depositario y defensor de la fe y la ortodoxia o el dispensador de la gracia salvadora de Dios (como sin duda fue) sino que en un momento de vacío de autoridad y de crisis institucional del Imperio debía intervenir asumiendo funciones judiciales, ocupado en misiones temporales y colocado en el centro de un pequeño mundo de funcionarios, convirtiéndose en un importante personaje social en un momento extremadamente difícil: «el Imperio agoniza, los generales intrigan,

los ejércitos se rebelan, los emperadores se suceden como sombras y los pueblos gimen bajo el azote de las invasiones, además, la Iglesia hierve en errores y herejías»¹. Él dirige la barca de la Iglesia con mano firme, protege a su pueblo con su autoridad, es el primero de los obispos y el Príncipe de los cristianos sin dejar de enseñar a los fieles que el primado de Pedro tiene continuidad en la figura del Santo Padre. El pontífice que logró poner de su parte a los sutiles teólogos orientales durante el Concilio de Calcedonia, tenía también un inmenso prestigio entre sus propios fieles, como pontífice, especialmente entre los de Roma.

Éste es pues el hombre elegido para representar el sentir del pueblo romano frente al temible Atila. El resultado de dicha entrevista es conocido por todos, el azote de la humanidad volvió sobre sus pasos y se retiró de Italia.

La tradición no nos ha transmitido qué ocurrió durante la entrevista. Próspero de Antioquía, contemporáneo del suceso, cuenta cómo «se abandonó al auxilio divino, que nunca falta a los esfuerzos de los justos, y que el éxito coronó su fe». Sin embargo, es muy probable que la personalidad agradable del pontífice, su capacidad diplomática, unidas a la reciente derrota hicieron que el terrible conquistador revalorara la situación política y tomara la decisión de abandonar sus objetivos. Las condiciones de esta

A san León Magno se le consideraba poseedor de virtudes propias de un hombre de fe, de un gobernante y de un obispo.

decisión son desconocidas, pero Atila se retiró de nuevo hacia los Alpes, saqueó Augsburgo y cuando preparaba una campaña contra Constantinopla, murió repentinamente.

La intervención de san León Magno en defensa de su pueblo se repetirá posteriormente a lo largo de la historia de la Iglesia dando cumplimiento a las palabras con las que el primer papa exhortaba a sus presbíteros. «Sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño.» (1Pe 5, 2-3).

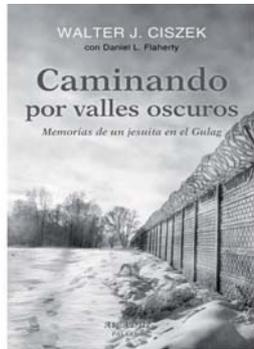
Por ello, en defensa de su rebaño la Iglesia es quien en todo tiempo levanta la bandera de la verdad en defensa de la fe y de la misma cultura de los pueblos.

1. J.B. WEISS, *Los bárbaros y el Imperio. Historia universal*, tomo IV

Orientaciones bibliográficas



SANTIAGO ALSINA



Caminando por valles oscuros.
Memorias de un jesuita en el Gulag
Walter J. Cizek
Arcaduz, 2016

WALTER J. Cizek (1904-1984) es un norteamericano de origen polaco que fue ordenado sacerdote en 1937 tras estudiar teología y liturgia rusas en el «Russicum» de Roma. Cizek fue uno de los seminaristas que respondió a la petición que en 1929 hizo el papa Pío IX para que algunos sacerdotes se trasladasen a Rusia tras la Revolución bolchevique. En principio, ante la imposibilidad de entrar en la URSS, el padre Cizek, jesuita, se instaló en la ciudad polaca de Al'Bertin. Allí vivía y ejercía su ministerio sacerdotal cuando se inició en 1939 la segunda guerra mundial con la invasión de Polonia primero por parte de los alemanes y después de los rusos. En Al'Bertin, con los rusos en el poder, comenzaron las persecuciones, tal y como sucedió en tantos otros lugares, pues la represión del Partido Comunista fue especialmente brutal y meticulosa contra la Iglesia católica. En esos momentos difíciles, Cizek decidió trasladarse a Rusia con otros emigrados polacos que iban a trabajar a los Montes Urales.

Cizek vivió de manera clandestina en Teplaya Gora hasta que en 1941, cuando los alemanes declararon la guerra a la URSS, fue detenido acusado de ser espía alemán y del Vaticano. Fue trasladado a Moscú, a la Lubianka, a la temida sede del NKVD (después KGB), donde permaneció cinco años en régimen de aislamiento. Después, fue condenado a

quince años de trabajos forzados en Siberia, que pasó en los campos de Kayerkán. Al finalizar la condena, como tantos otros presos, se le prohibió vivir en las grandes ciudades soviéticas y se trasladó primero a Norilsk y a Krasnoyarsk, de las que fue expulsado por ser sacerdote, y por último a Abakán, donde trabajó como mecánico. En 1963 pudo regresar a Estados Unidos (desde 1947 había sido dado por muerto) gracias a que fue canjeado por dos espías rusos. En Estados Unidos, el padre Cizek continuó con su labor sacerdotal. Tras su muerte, en 1990 se inició su proceso de beatificación.

Cizek nos da razón de su supervivencia gracias al total abandono a la voluntad de Dios y da testimonio de su vida de oración, gracias a la cual venció la soledad, el dolor, el miedo y la desesperación. Y como explica el mismo, ante la pregunta de mucha gente de cómo logró sobrevivir a aquellos años en las cárceles soviéticas y en los campos de concentración de Siberia, su respuesta la expone con la mayor humildad y sencillez posible en que «Dios es un maestro paciente y yo he sido un alumno torpe»: lo espléndido de toda verdad divina es su sencillez y esta misma simplicidad hace que sea inadmisibles a los sabios, prudentes y mundanos.

La fe es la respuesta que intenta mostrar en estas páginas y cómo esa verdad influyó en su vida y le sostuvo en cada una de sus experiencias. Es la respuesta a la pregunta de su supervivencia y afirma que el hombre no sólo tiene un deber y una obligación para su creador, sino que además Dios cuenta con un fin especial, con un amor especial, con una providencia especial para cuantos ha creado, Dios cuida de nosotros, nos protege y nos mantiene de uno en uno. Él nos envía las circunstancias de cada día de nuestra vida, de cada momento del día. En estas letras encontraremos la afirmación de que «Nadie puede conocer una paz mayor, nadie puede estar más comprometido, nadie puede alcanzar un sentimiento mayor de plenitud de vida que el hombre que cree la verdad de fe y lucha en ponerla en práctica cada día».

Este libro es un exponente de que si Dios está con nosotros nadie, ni siquiera la muerte puede separarnos de Él porque nada se escapa de sus manos, ya que todo procede de ellas.



Centenario de las apariciones de Fátima (1917-2017)

El ángel prepara a tres niños de Fátima para recibir el mensaje de la Virgen

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA



Monumento al ángel que conmemora la aparición de Loka do Cabeço

1916: Portugal en la Guerra Mundial

AL comienzo de la guerra Portugal se declaró neutral, pero dos años después el partido Democrático, en el poder desde la Revolución de 1910 decidió aliarse con los ingleses, integrando dos divisiones con cincuenta mil portugueses en la fuerza expedicionaria británica combatiente en el norte de Francia. En abril de 1918 una de ellas fue exterminada en la batalla de Lys, sufriendo más de trece mil bajas. Las malas noticias que llegaban de los frentes, y las dificultades de suministros, crearon en el país un ambiente popular contrario a la guerra, y los fieles católicos, mediante una cruzada del Rosario, volvieron sus ojos a la Virgen Inmaculada pidiéndole que volviera sus hijos y salvara a Portugal. En este contexto, en el año 1917 un país políticamente irrelevante iba a vivir un acontecimiento extraordinario, cuyo centenario despierta hoy expectativa: las apariciones de la Madre de Dios a tres niños de una pobre y

perdida aldea manifestándoles el singular designio de la misericordia de su Hijo de salvar a un mundo secularizado mediante la devoción a su Inmaculado Corazón.

«Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas».

Los hechos comenzaron el año anterior con las apariciones de un ángel que, tras decir a los niños que el clamor del pueblo católico ha sido escuchado y pronto llegará el final de la guerra, les da a conocer la urgente necesidad de rezar y sacrificarse por la conversión de los pecadores, preparándoles para la gracia que próximamente van a recibir: la aparición de la Santísima Virgen María, Reina de los Cielos.

En las aldeas de Portugal a principios del pasado siglo xx se solía encomendar a los niños el conducir sus rebaños familiares a los pastos cercanos. Así sucedía en las familias Marto y Santos. A Lucía Santos y a

sus primos Francisco y Jacinta Marto les encantaba el encargo, que les permitía jugar al aire libre mientras sus contadas ovejas pastoreaban en las parcelas de sus padres. Sus dos zonas favoritas de pastoreo y juego eran un prado llamado *Loca do Cabeço*, y *Cova da Iria*, a cierta distancia de Fátima. Sor Lucía explica en su 4ª memoria: «No puedo precisar las fechas exactas, pues entonces yo no sabía aun contar con exactitud los años, los meses, ni aun los días de la semana, pero me parece que debió ser en la primavera de 1916 cuando el Ángel se nos apareció por primera vez en nuestro *Loca do Cabeço*.» Lucía tenía entonces nueve años, y aquel día conducía su rebaño con el de sus primos Jacinta, de seis años y Francisco Marto, de ocho, a la propiedad de los padres de Lucía en la colina del Cabeço. Comenzó a llover y tuvieron que refugiarse en una pequeña cueva de la ladera hasta que amainó la lluvia y salió el sol. Tras comer su almuerzo, los pastorcillos rezaron el Rosario abreviándolo de manera ingeniosa, recitando en cada misterio, en vez de la oración completa, sólo diez veces las palabras «Dios te salve María llena de» y «Gloria», para poder comenzar antes a jugar.

Mientras estaban jugando, sopló repentinamente un viento fuerte, y los niños vieron aproximarse bajo los olivos una figura que Lucía describió como de «un joven de unos 14 o 15 años, más blanco que la nieve y transparente como el cristal atravesado por los rayos del sol, y de gran belleza. Estábamos asombrados y absortos sin decir palabra. Al llegar junto a nosotros, nos dijo: “¡No temáis! Soy el Ángel de la Paz”, y arrodillándose en la tierra, bajó la frente hasta el suelo, diciéndonos: Rezad conmigo: “Dios mío, yo creo y espero en Vos, os adoro y os amo. os pido perdón por los que no creen, no os adoran, no esperan en Vos, ni os aman”. Transportados por un movimiento sobrenatural, le imitamos y repetimos sus palabras por tres veces. Después se incorporó y dijo: “Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas”. Luego desapareció».

En estas primeras palabras del Cielo en la historia de Fátima se condensa lo esencial de su mensaje. Tras tranquilizarles: «no temáis», el ángel da su nombre: «Soy el Ángel de la Paz», y enseña a los niños la oración que deben recitar con él: «Orad conmigo»; a quien dirigirla: a «los Corazones de Jesús y de María, que están atentos a la voz de vuestras súplicas», y la forma apropiada de rezarla: «Arrodillándose en tierra, con la frente hasta el suelo». La oración que el Ángel enseña a los niños les da a entender claramente que son muchos los que no creen en Dios porque no le conocen, y por ello no le adoran ni confían en Él, por lo que no le aman; debiendo suplir sus omisiones y ofensas con nuestros actos de reparación.

Lucía recuerda: «la atmósfera sobrenatural que nos envolvía era tan intensa, que casi no nos dába-

mos cuenta de nuestra existencia. Permanecemos en la posición que nos había indicado el Ángel por largo espacio de tiempo, repitiendo siempre la misma oración... Las palabras del ángel se marcaron tan profundamente en nuestros corazones, que jamás se nos han olvidado. A partir de este momento recitamos muchas veces y largamente la oración, postrados sobre la tierra, como lo habíamos visto con el ángel y repetíamos sus palabras, hasta que nos sentíamos exhaustos.» (*Memorial* de Sor Lucía).

«Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia»

Si en la primavera de 1916 el Ángel de la Paz se aparece a los tres pastorcillos y les dice algo tan sorprendente como que: «Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas», durante el verano el Ángel de Portugal completará este mensaje con el asombroso anuncio de que: «los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia», pidiéndoles su libre y generosa cooperación. En otoño el Ángel de la Eucaristía les expondrá el objeto principal de su visita: «Por los infinitos méritos de su Santísimo Corazón [de Jesús] y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

Les explicará cómo los pecados de los hombres ultrajan a Dios, por lo que debemos reparar sus ofensas con nuestras oraciones a las que debemos añadir nuestros sacrificios, que de algún modo aumentan su eficacia: «Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios... como acto de reparación por los pecados con los que Él es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores», así como la aceptación del sufrimiento ordinario: «Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor os enviará».

Pozo de casa de Lucía, lugar de la segunda aparición del Ángel

CUENTA Lucía que «fue durante el verano de 1916, cuando el calor del día era tan intenso que teníamos que llevar las ovejas a casa antes del mediodía y dejarlas salir nuevamente al atardecer. Fuimos a descansar a la sombra de los árboles que rodeaban el pozo de mi casa. De repente, vimos al Ángel a nuestro lado. Nos dijo: “¡Rezad! ¡Rezad mucho! Los Corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios”».



Lucía le preguntó: «¿Cómo debemos sacrificar-nos?» Y el ángel le dijo: «De todo lo que podáis hacer un sacrificio al Señor como acto de reparación por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores. De este modo, atraeréis la paz sobre vuestra patria. Soy el Ángel de Portugal, el Ángel de su Guarda. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe».

Ya en el valle, Jacinta y Lucía le explicaron a Francisco lo que había dicho el ángel, al que éste había visto, pero no oído su voz; a lo que Francisco les preguntó ingenuamente: «Pero ¿cómo podemos sufrir? si no estamos enfermos; tenemos suficiente para comer, y un lugar para vivir». Pronto sabría su significado cuando su hermano mayor tuvo que incorporarse al ejército y marchar a la guerra. También la pequeña Jacinta se hallaba preocupada por su hermano ya combatiente, oyendo las historias de muerte en el campo de batalla, y los problemas llegaron a la familia de Lucía cuando su padre comenzó a gastarse todo su dinero en las tabernas, y la niña elevaría sus pequeños brazos, exclamando:

«Señor, ofrezco todos estos sufrimientos por la conversión de los pobres pecadores».

Escribe Lucía: «Las palabras del ángel se grabaron en nuestra alma, como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y cómo quería ser amado, el valor del sacrificio y cuán agradable le era; y cómo en atención a él convertía a los pecadores. Por ello comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, sin buscar otras formas de mortificación y penitencia, excepto permanecer horas y horas con nuestras frentes tocando el suelo, repitiendo la oración que el ángel nos había enseñado».

Aparición del Ángel de la Eucaristía

SIGUE narrando sor Lucía en su cuarta *Memoria*: «Me parece que la tercera aparición debe haber sido en octubre, o hacia el final de septiembre –de aquel año 1916– ya que por entonces no volvíamos a casa para la siesta. Fuimos llevando las ovejas a la propiedad de mis padres donde tuvo lugar la primera aparición. Rezamos nuestro rosario y la oración que el Ángel allí nos había enseñado. Estando así nos envolvió una luz desconocida y se nos apareció el Ángel por tercera vez, portando en la mano un cáliz y sobre él una hostia, de la cual caían dentro del cáliz algunas gotas de sangre.

«Dejando el cáliz y la hostia suspensos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces la oración: “Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores”». «Después, levantándose, tomó en la mano el cáliz y la hostia y me dio la hostia a mí; y lo que contenía el cáliz lo dio a beber a Jacinta y a Francisco, diciendo al mismo tiempo: “Tomad y bebed el cuerpo y la sangre de Jesucristo horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios.” De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros tres veces la misma oración: “Santísima Trinidad... etc.”, y desapareció».

La misión del ángel de preparar a los niños estaba cumplida. Seis meses más tarde el Cielo se abriría de nuevo para dar paso a aquella que iba a transmitirles el mensaje de amor misericordioso para la salvación de toda la humanidad. De ello daremos cuenta en próximos artículos.



Dos imposiciones, una alegría

JAUME VIVES VIVES



No ha sido un mes tranquilo, y como ya venimos contando desde hace semanas, la ideología de género ha seguido haciendo de las suyas. Es una apisonadora que no piensa detenerse ante nada ni nadie. Pero no todo es malo, también hay motivos para la esperanza.

Francia y las webs provida

La primera noticia que recibimos con sorpresa es la nueva ley aprobada en Francia que prohíbe a las webs provida acompañar a las mujeres que están indecisas sobre si continuar o no con el embarazo para que den a luz.

Bajo penas de cárcel y multas económicas, el proyecto de la ministra de Familia –aunque de ministerio de Familia tiene más bien poco–, Laurence Rossignol, no permite mostrar la cruda realidad del aborto. No se puede hablar ni del trauma postaborto, ni de los problemas que conlleva para la pareja, ni mucho menos de lo que es un aborto.

De hecho, para contrarrestar la fuerza de las

webs provida, el Gobierno ya había creado sus propias webs proaborto para desmentir lo que es una realidad más que evidente, engañando a las mujeres diciendo por ejemplo que: «no existe un trauma postaborto» aunque algunas mujeres, dicen, pueden tener una mala experiencia.

La ministra Laurence Rossignol dice que el motivo de esta ley aprobada por la Asamblea Nacional se debe a que estas webs difunden «informaciones falsas» para introducir a las mujeres «en una especie de túnel que las lleva a dudar de su decisión» de abortar.

Y mientras el totalitarismo que desprecia la verdad y la vida continúa avanzando a base de imposiciones conviene recordar dos citas célebres al respecto:

«La mayor amenaza para la paz es el aborto. El aborto es hacer la guerra al niño, al niño inocente que muere a manos de su propia madre. Si aceptamos que una madre pueda matar a su propio hijo, ¿cómo podremos decir a otros que no se maten?» (santa Teresa de Calcuta)

«El aborto es defendido sólo por personas que han nacido» (Ronald Reagan) (Y esto incluye a Laurence Rossignol)

Y una última cita que debería hacer reflexionar a los profesionales de la muerte:

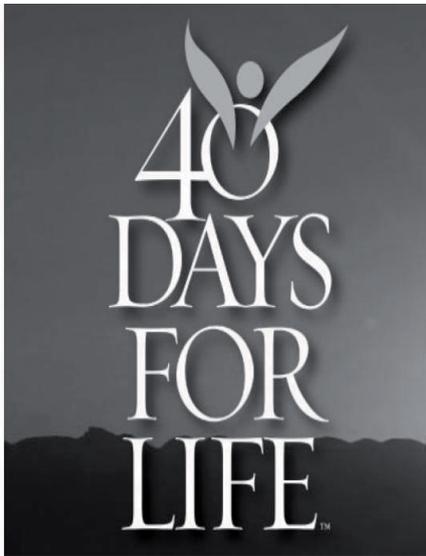
«Sólo la mitad de los pacientes que acuden a una clínica de aborto sale con vida». Autor desconocido

España y la negación de una evidencia biológica

La segunda noticia que recibimos también con estupefacción es la retirada de un autobús de las calles españolas que reza la siguiente frase: «los niños tienen pene, las niñas tienen vulva».

La iniciativa nace como respuesta a una campaña lanzada en País Vasco y Navarra que decía: hay niños con vulva y niñas con pene.

La opinión pública –medios de desinformación, políticos y todo tipo de intelectualoides– prácticamente de forma unánime se han lanzado ferozmente a tacharla de una campaña LGTBfóbica (si somos estrictos con el lenguaje, una fobia es un miedo irra-



cional que no depende del que lo sufre, por lo que no es constitutivo de ningún tipo de delito).

Acusándola de una campaña «contra los niños transexuales», «del odio» e «impresentable» han conseguido que la policía retenga el autobús y le prohíba la circulación.

Sucedió con el colegio Juan Pablo II, con Philippe Ariño en Barcelona y se ha vuelto a repetir ahora en Madrid. Ha quedado claro y a la vista de todos que la ley sólo da libertad para hablar de estos temas en los términos del *lobby* LGTB y siempre a favor del *lobby* en cuestión. Cualquier resquicio de resistencia es debidamente anulado y ferozmente atacado.

Pocas horas después de empezar su marcha por la capital el autobús ya había sido retenido, hasta día de hoy que sigue sin tener el permiso para circular. Cristina Cifuentes (PP), presidenta de la Comunidad de Madrid, en una entrevista en TVE anunció que ya había puesto la campaña en conocimiento de

la Abogacía General de la Comunidad de Madrid e instado a la delegada del Gobierno, Concepción Dancausa, a denunciar a la asociación ante la Fiscalía por un delito de odio, tachando la campaña de «impresentable».

Hay veces en que la realidad supera la ficción, y otras en que la realidad estropea una opinión. Y parece que en este caso la realidad estropea la opinión de quienes han acusado la contra campaña de incitar al odio.

Hay que seguir en la trinchera para que el reconocimiento legal de la verdad no sea una anécdota.

Empiezan los «40 días por la vida» en Barcelona

EN marzo ha dado comienzo en Barcelona la primera jornada de «40 días por la VIDA». Se trata de una iniciativa nacida en Estados Unidos y que pretende luchar contra la cultura de la muerte con la oración y el ayuno, las dos armas más poderosas del cristiano.

Durante cuarenta días seguidos –toda la Cuaresma–, de 8 de la mañana a 8 de la tarde, diferentes grupos de oración se reunirán en el abortorio EMECE situado en la C/Anglí, muy cerca de Pº Bonanova.

Los datos numéricos desde que esta iniciativa dio comienzo en EE.UU. son más que esperanzadores:

–4.535 campañas lanzadas en más de 650 ciudades de cuarenta países diferentes. Más de setecientos mil participantes, 12.668 vidas salvadas, 143 profesionales del aborto que han dejado sus trabajos y casi cien abortorios que han cerrado.

¡No dejes de apuntarte y ayudar con tu oración y ayuno!

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Marzo

Por la evangelización: Ayudar a los cristianos perseguidos.

Por los cristianos perseguidos, para que experimenten el apoyo de toda la Iglesia, por medio de la oración y de la ayuda material.

Abril

Universal: Jóvenes

Por los jóvenes, para que sepan responder con generosidad a su propia vocación; considerando seriamente también la posibilidad de consagrarse al Señor en el sacerdocio o en la vida consagrada.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Interesante debate sobre la historicidad e inspiración de los Evangelios

Las palabras del padre Arturo Sosa, S.J. acerca de la fiabilidad de los Evangelios han provocado, como era lógico, numerosas reacciones. Las polémicas palabras, en respuesta a una pregunta en la que se le pedía que valorase las palabras de Jesucristo «lo que Dios unió, no lo separe el hombre», son las siguientes:

«Antes que nada sería necesario comenzar una buena reflexión sobre lo que verdaderamente dijo Jesús. En esa época nadie tenía una grabadora para registrar sus palabras. Lo que se sabe es que las palabras de Jesús hay que ponerlas en contexto, están expresadas con un lenguaje, en un ambiente concreto, están dirigidas a alguien determinado.»

El padre Sosa señala a continuación *«que la palabra es relativa, el Evangelio está escrito por seres humanos, está aceptado por la Iglesia que, a su vez, está formada por seres humanos... ¡Por lo tanto, es verdad que nadie puede cambiar la palabra de Jesús, pero es necesario saber cuál ha sido (esa palabra)!»*.

Y sigue afirmando que la palabra de Jesús *«no se pone en duda, se pone en discernimiento»*, lo que se pone en duda *«no es la palabra de Jesús, sino la palabra de Jesús tal como nosotros la hemos interpretado»*. Y a la cuestión de quien decide finalmente este discernimiento, el preposición general de la Compañía de Jesús responde que *«la Iglesia ha confirmado siempre la prioridad de la conciencia personal»*. Un discernimiento que contrasta con la

doctrina: *«Doctrina es una palabra que no me gusta mucho, lleva consigo la imagen de la dureza de la piedra. En cambio la realidad humana es mucho más difuminada, no es nunca blanca o negra, está en un desarrollo continuo»*. Otro rasgo del discernimiento, según el padre Sosa, es que *«puede llegar a conclusiones distintas a la doctrina, porque la doctrina no sustituye al discernimiento, como tampoco al Espíritu Santo.»*

Hasta aquí las palabras textuales del padre Sosa... que pronto han sido contestadas desde numerosos lugares.

En España el primero fue el escrito del padre Santiago Martín, publicado parcialmente en ABC y en su totalidad en «Magnificat TV», que se fija en el el origen de esta perspectiva y en sus consecuencias. En cuanto al origen, Santiago Martín lo remonta a los «filósofos de la sospecha» y a la separación que aparece en un contexto protestante «entre el llamado “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”». Una diferencia que cada vez se fue acentuando más, llegando a la conclusión de que los Evangelios eran “mitificaciones” de un personaje originario del cual prácticamente no podíamos saber nada.»

El siguiente paso es Rudolf Bultmann, quien concluye que tenemos que «olvidarnos» del Jesús histórico, y que tenemos que acercarnos a los Evangelios como un relato «mítico» elaborado posteriormente, y sobre todo elaborado a raíz de la «invención» del cristianismo, que va a «hacer san Pablo».

A continuación se detiene el padre Martín en las consecuencias de esta visión, entre las que destaca lo que Benedicto XVI denominó la

«religión del supermercado», en la que cada uno elige el contenido de su fe: «Pongamos un ejemplo. A ti te parece muy importante y esencial insistir en que el Señor dijo “lo que hagas al más pequeño a mí me lo hicieron”, el compromiso social, la ayuda a los pobres, y a ti te parece eso muy importante, muy bien. Pero a ti no te parece importante en cambio, que el Señor haya dicho “lo que Dios unió que no lo separe el hombre», que «el que se divorcia de su mujer y se casa con otra comete adulterio contra la primera», eso no te parece importante, entonces lo segundo, que no te parece importante, lo pones en duda, y dices: «¿Lo dijo Cristo?», primera cuestión, «no había grabadoras».

En el caso de que dijera algo parecido, «¿en qué contexto?, ¿quién lo escuchó?, ¿cómo lo entendió y cómo lo contó?, ¿cómo lo escribió el que años después lo escribió?» No merece la pena hacer un problema por eso.

Luego otro, con los mismos derechos que tú, con su carrito de supermercado, ha elegido otro producto y ha dicho «a mí eso sí me parece muy importante, pero no me parece importante que el Señor dijera «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», o que el Señor dijera «Tomad y comed que esto es mi cuerpo», o que Cristo resucitara, o que Cristo en la cruz nos dijera que es importante pedir ayuda para perdonar como Él estaba perdonando cuando exclamó «Padre, perdónales que no saben lo que hacen».

Es decir, la religión del supermercado es muy cómoda, pues es una religión a tu manera y a tu gusto, para que no te moleste, pero eso que tú haces lo puede ha-

cer exactamente igual cualquier otro, y naturalmente eligiendo productos que a ti no te gustan nada pero que aquel alega que tiene el mismo derecho a hacerlo.

Y concluye: «Poner en duda la Palabra del Señor; a propósito del divorcio, decir que hay que “reinterpretar a Cristo” porque “en aquella época no había grabadoras” abre la puerta sí o sí, sin ninguna duda, a poner en duda la palabra del Señor en otras cosas. No puedes pretender que lo que a ti te conviene poner en duda, sea lo único que se ponga en duda... Para finalizar sólo quisiera hacer una pregunta: ¿De verdad nadie se da cuenta de a dónde nos conduce todo esto?, ¿De verdad nadie se da cuenta del tipo de “demolición” de nuestra fe al cual estamos yendo?, es decir, a ese nihilismo, a esa falta absoluta de certezas, porque destrozando una parte del mensaje, porque nos “conviene” destrozarla, estamos empezando a destrozarnos el conjunto del mensaje.»

En Inglaterra, el padre Alexander Lucie-Smith, escribe a propósito de la entrevista del padre Sosa en *Catholic Herald* lo siguiente:

«El padre Sosa está en lo cierto al sugerir que tenemos que reflexionar sobre cada versículo de la Escritura. Nadie lo discute. Por eso mismo, los versículos han sido interpretados por la Tradición de la Iglesia, expresada en el Magisterio de forma completamente coherente, durante muchos siglos.

El padre Sosa dice que no habían grabadoras en esa época, lo que probablemente es un intento de humorada. Pero si la implicación es que no podemos estar seguros de si estas palabras fueron realmente dichas por Jesús, esa implicación es completamente falsa. El consenso de la Iglesia ha sido desde hace mucho tiempo que ese pasaje representa las *ipsissima verba* de Nuestro Señor. Hay varias razones para ello:

En primer lugar, en este pasaje Jesús dice algo muy inusual. Dice algo que rompe con la tradición

judía e implícitamente rechaza a Moisés, que había permitido el divorcio. No es lo que uno esperaría de un judío del siglo I y es lo contrario de muchas de las cosas que Jesús dijo y en las que aparecía claramente su gran estima por Moisés y por la Ley. Esto significa que este pasaje no es una invención de los seguidores de Jesús. Es algo duro, como el mismo pasaje deja claro, algo que nadie inventaría, y representa un impactante apartarse de la tradición; ergo, está en el Evangelio porque debe de haber salido de la misma boca del Señor. Nadie se hubiera atrevido a inventárselo, ni siquiera podrían habérselo imaginado.»

En segundo lugar, «este pasaje tiene paralelos en Marcos y Lucas y representa lo que llamamos una “triple tradición”. Que tengamos tres testigos de esas palabras de Jesús aumenta grandemente la probabilidad de que sean sus propias palabras, no unas palabras puestas en su boca.»

En tercer lugar, las cartas de san Pablo y las demás epístolas no contradicen de ninguna manera estas palabras de Jesús. Al contrario, están en continuidad con ellas. «La Carta a los Hebreos fue escrita probablemente a mediados de los años sesenta del primer siglo, cuando los Evangelios no habían sido escritos y las palabras de Jesús se transmitían en forma oral, y está en perfecta armonía con las palabras de Jesús, lo mismo que el decreto del Concilio de Jerusalén, recogido en *Hechos de los Apóstoles*, 15.»

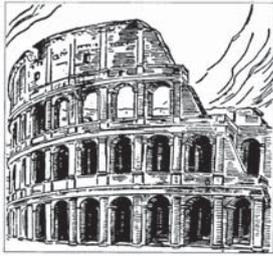
Concluye el padre Lucie-Smith afirmando que «supongo que tenemos que estar agradecidos al padre Sosa por brindarnos la ocasión de reafirmar la doctrina tradicional de la Iglesia, una doctrina que, por cierto, aprendí en una universidad jesuita en Roma. Allí nos enseñaron, muy claramente, que ningún poder, ni en el Cielo ni en la tierra, puede disolver un matrimonio consummatum et ratum. Esas palabras, enunciadas con gran énfasis,

salieron de la boca del padre Gianfranco Ghirlanda S.J., quien aún sigue enseñando en Roma.»

En Italia, por su parte, el sacerdote y teólogo Antonio Livi, desde *La Nuova Bussola Quotidiana*, hace hincapié en la importancia de la Revelación y en la enseñanza de la Iglesia al respecto:

«Los fieles católicos saben que la verdad que Dios ha revelado hablando por medio de los profetas del Antiguo Testamento y luego con su propio Hijo (Carta a los Hebreos, 1, 1), es custodiada, interpretada y anunciada infaliblemente por los Apóstoles, a los que Cristo ha conferido la potestad de magisterio auténtico. A los Apóstoles Cristo les ha dicho: “Quien a vosotros os oye, a mí me oye; quien a vosotros os desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado” (Lucas, 10, 16). El valor de verdad de la doctrina de los Apóstoles y de sus sucesores depende, pues, enteramente del valor de verdad de la doctrina de Cristo mismo, el único que conoce el misterio del Padre: “Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado” (Juan, 7, 16). Quien, prisionero de la ideología irracionalista, (pastoralismo, praxismo, historicismo) es alérgico a la palabra “doctrina” no se da cuenta de que ofende no sólo a la Iglesia de Cristo, sino a Cristo mismo.»

Livi acaba recordando la divina inspiración de la Biblia, «de la que derivan las propiedades de “santidad” y de “inerrancia” recordadas por Pío XII en su encíclica *Divino afflante Spiritu* y luego repropuestas por el Concilio Vaticano II con la constitución dogmática *Dei Verbum* y la infalibilidad del Magisterio cuando define formalmente la verdad que Dios ha revelado para la salvación de los hombres, definida en el Vaticano I con la constitución dogmática *Pastor aeternus* y también recordada en el Vaticano II con las constituciones dogmáticas *Lumen gentium* y *Dei Verbum*».



Iglesia perseguida

La flor de Pakistán

JAVIER MENÉNDEZ ROS

DIRECTOR NACIONAL DE AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA



Familia cristiana de Pakistán, de la aldea de Belén, en Mirpur Khas

PISAR suelo paquistaní es recibir un golpe de impresiones que afecta a todos los sentidos. El calor suele ser muy intenso, la vista se desplaza hacia multitud de personas, de vehículos diversos, de colores vivos que se mueven como un enjambre. Los sonidos del bullicio, las llamadas a la oración de los muecines en las mezquitas o el constante pitido de los claxon y bocinas te atontan. Los olores a especias y otros no identificados te llenan la pituitaria y te transportan a un mundo de nuevas sensaciones. Pakistán es el país de las flores. Pese a la sequedad de la tierra se cultivan multitud de plantas, favorecidas por el clima tropical.

Con collares de flores enseguida agasajan a los invitados de Occidente, a los novios recién casados se les arrojan pétalos de colores y a los muertos, a los asesinados por el solo hecho de ser cristianos también les visten los ataúdes con flores, con muchas flores, con flores manchadas de sangre y heridas de incienso.

En Pakistán sólo el 2% de una población de 191 millones de habitantes es cristiano. En este país llevar el apellido de Cristo es un estigma: el acceso a la educación, escuela o universidad es muy limita-

do. Optar a ciertos puestos de trabajo es imposible y, por el contrario, para la mujer cristiana es fácil el trabajo doméstico para grandes señores que a menudo abusan de ellas. También es fácil encontrar trabajo para niños en las grandes fábricas textiles donde en muchas de ellas se trabaja en condiciones indignas. Así mismo, familias enteras de cristianos, trabajan de sol a sol en el campo y en las fábricas de ladrillos, explotados por musulmanes poderosos que, merced a un maléfico sistema de préstamos, endeudan a los cristianos por décadas.

Como si todo ello no fuera poco, y para hacer la vida más fácil de los cristianos, el practicar su fe se convierte en un acto de alto riesgo. Para asistir a misa en una iglesia tienen que atravesar recintos amurallados, con alambradas y con vigilancia armada. Pese a eso no están libres de atentados contra sus comunidades donde suicidas yihadistas les acosan y atacan hasta arrancarles sus vidas, que no sus creencias. Tampoco pueden disfrutar con tranquilidad de su ocio, como fue el caso ocurrido en la ciudad de Lahore en el pasado mes de marzo, cuando el Domingo de Resurrección, mientras familias mayoritariamente cristianas disfrutaban de

la alegría del día en un parque, fueron sorprendidas con un salvaje atentado del que poco hemos sabido en nuestras noticias de Occidente. 78 víctimas mortales, 31 de ellas niños y más de trescientos heridos. Su delito, una vez más, llevar la cruz de Cristo colgada en sus cuellos o grabada con agua y fuego en el corazón, allí donde la metralla asesina no puede borrarla.

En cualquier momento, los cristianos de forma especial, y merced a las Leyes de la Blasfemia, pueden ser acusados por un musulmán, de haber ofendido a Alá, a Mahoma o al Corán. Su defensa es prácticamente imposible y quedan sujetos al linchamiento previo de las masas o a juicios donde nada pueden hacer por evitar condenas de por vida o incluso la pena capital, como en el conocido caso de la madre católica, Asia Bibi, y de hasta más de mil personas que se calcula están condenadas a la pena de muerte por este delito.

Frente a todas estas dificultades y ataques, los cristianos, muy mayoritariamente analfabetos, viven su fe de forma admirable. El acoso que sufren les hace, en primer lugar, agruparse en barrios, ayudarse mutuamente, vivir en comunidad como auténticos hermanos. Sabedores de que la fe es su mayor tesoro se forma a catequistas laicos, muchos de ellos matrimonios, para que instruyan al que lo necesita. Ellos se trasladan casa por casa, llevando la palabra de Dios a los lugares más alejados.

Ellos viven una fe con pleno sentido de la cruz y de la resurrección de Jesucristo, que es el mensaje esencial de nuestra fe. Viven en sus carnes el dolor de la marginación, de la incomprensión, del abuso, de la injusticia, de la mentira y de la violencia, todas ellas ejercidas de forma casi permanente contra ellos. Pero no se quedan en el dolor. Saben que su cruz tiene un por qué. Por eso, me explicaban, que la oración litúrgica con la que se sentían más identificados es el Via Crucis, porque en ella se unen plenamente al dolor de Jesucristo y les da todo el sentido al suyo propio. Ellos viven la Resurrección del Señor, cantan con alegría, se divierten, aprenden la fe con entusiasmo.

Su fe es valiente, y la viven con orgullo, que no con soberbia. Saben que en cualquier momento pueden ser blanco de los radicales yihadistas o simplemente del malhumor o la envidia de su vecino musulmán que le acuse de una falsedad. Aceptan su vida, como Cristo aceptó su marginación o el ser incomprendido y despreciado por muchos, pero también lo quieren denunciar porque están seguros que no está dentro de los planes de Dios vivir con estas injusticias.

Y, por fin, los cristianos de Pakistán saben perfectamente que tienen en su interior un arma infinitamente más poderosa que el armamento nuclear que posee su gobierno. No es el último modelo químico de destrucción ni es el utilizado para la guerra convencional. Es un arma tan simple y tan antigua como el corazón del hombre, y fue la favorita de Jesucristo y de los que a lo largo de los siglos han dado su vida por Él. Es el arma del perdón. Es un perdón que no entiende ni de religiones, ni de clases sociales, y ni siquiera mide la ofensa recibida. Es un perdón que rebasa lo racional y que llega directo al corazón del hombre y que consigue a veces que el deseo de ofender, de herir, de dañar al otro, se deslice y caiga de entre las manos estrellándose y diluyéndose en la tierra. Es un perdón que es uno de los mayores regalos que Dios nos ha dejado a los hombres y que tanto nos cuesta empuñar. Es un perdón que necesita cargar, aceptar y abrazar el dolor de la ofensa para convertirse en purificación del que lo ejerce y en salvación para el ofensor.

Y con esta forma de vivir la fe me pregunto ¿son los cristianos de Pakistán los que necesitan mi ayuda o soy yo, cristiano de España, quien necesita de la suya?

En la oración por ellos y en la suya por mi, encontramos un espacio sin fronteras, accesible a todos y donde podemos enriquecernos. Ellos necesitan la flor de mi caridad no para vivir mejor, sino para poder vivir su fe. Yo necesito la flor de su fe simplemente para poder vivir.

¡Tú eres su esperanza y ellos son la nuestra!



Ayuda a la Iglesia Necesitada
Fundación de la Santa Sede

Donativos: www.ayudaalaignesianecesitada.org



Pequeñas lecciones de historia

La obra de san Luis María Grignon de Montfort (II): las misiones

GERARDO MANRESA

LA importante obra misional que el padre Montfort desarrolló en los diez años de su apostolado se injerta en una tradición misionera bretona y francesa de mitad del siglo XVI y principios del XVII desarrollada especialmente por san Vicente de Paúl y sus misioneros, pero con notables novedades. Los paúles predicaban misiones mirando de no gravar ningún coste sobre las poblaciones misionadas, mientras que los misioneros montfortianos requerían, para el buen desarrollo de la misión, la ayuda de la gente. San Luis María prefería predicar en pequeñas poblaciones o en los barrios de las grandes ciudades, pero con una actividad que movía a toda la población. La duración de una misión dependía del tamaño de la población o del barrio de la ciudad donde se daba, pero solía durar entre dos y cinco semanas.

El programa de las misiones montfortianas era muy denso y estaba dirigido a todas las personas de la población, hombres, mujeres y niños. El día se iniciaba con la santa misa y a lo largo del mismo había tres predicaciones, catecismo para adultos y niños, rosario íntegro. Todo ello estaba complementado con la creación de un ambiente festivo para alegrar a la población y así procuraba celebrar procesiones, llegando a realizar siete en una misión. Durante el desarrollo de la misión utilizaba medios muy convincentes, como los quince estandartes del rosario, uno por misterio, y una serie de cánticos compuestos por él mismo con la música de canciones muy conocidas. El momento culminante de la misión montfortiana estaba constituido por la renovación de las promesas bautismales. Cada participante, postrado ante el libro del Evangelio, decía: *Creo firmemente todas las verdades del santo Evangelio de Jesucristo*. A continuación, delante de la pila bautismal se recitaba la siguiente fórmula: *Renuevo de corazón las promesas del bautismo y renuncio para siempre al diablo, al mundo y a mí mismo*. Por último, ante el altar de la Virgen, se reconocía la propia consagración: *Me doy enteramente a Jesucristo por las manos de María para llevar mi cruz en su seguimiento todos los días de mi vida*. El santo logró elaborar fórmulas sencillas, un programa claro que tenía en cuenta la sensibilidad de su tiempo, y que no desdeñaba utilizar incluso folletos, como el *Contrato de alianza con Dios*, una especie de compromiso bilateral que cada uno debía suscribir de propio puño y letra.

Nunca hablaríamos bastante sobre la importancia de los cánticos compuestos por el padre de Montfort que, en veinte años escribió veinticinco mil versos, sobre gran cantidad de temas, contra los libertinos, sobre los esplendores de la oración o el triunfo de la Cruz y naturalmente sobre la devoción a María. Sus cánticos son a menudo

verdaderos tratados de teología y de mística, cantados sobre la música de canciones profanas, por ejemplo *El triunfo de la Cruz* sobre la canción popular *Mi dueña es la alegría*. Los resultados fueron espectaculares: un acrecentamiento de la piedad en el campo, el culto de la Cruz, del Sagrado Corazón, del Rosario, la erección de numerosos calvarios a lo largo de las carreteras, de los bosques, renovación de los retablos de las iglesias, más respeto a los cementerios, la disminución sensible de los desórdenes, de las violencias, de las borracheras y un afecto reforzado por las peregrinaciones.

Un elemento fundamental en la misión del santo era la erección de una obra que permaneciera en el pueblo y que recordara a toda la población. Normalmente era un vía crucis con un calvario monumental, pero dependiendo de la población también podía ser reparaciones en la iglesia parroquial o la construcción de una escuela.

Es importante destacar, tal como se ha indicado, que en las misiones montfortianas la Providencia jugaba un papel muy importante, pues san Luis María, e igualmente sus sucesores, no aceptaban recibir donativos de personas ajenas al pueblo y lo confiaban todo a la generosidad de la población. La casa donde vivían los sacerdotes y hermanos, durante la misión, era llamada *la casa de la Providencia*, y allí se recibían los pobres donativos de la población. La obra memorial de la misión era construida por los mismos varones de la población, ellos ponían la mano de obra y los materiales. Debe recordarse como el monumento más conocido el vía crucis de Pontchâteau, que tardó quince meses en ser construido, y debido a su tamaño vinieron a colaborar gente de otros lugares, llegando incluso a colaborar gente procedente de otros países, entre ellos España. La polémica que causó esta bella construcción entre los hugonotes y los jansenistas hizo que el día antes de su inauguración una orden del rey Luis XIV, a través del obispo de Nantes, obligara a su suspensión y destrucción.

El movimiento de renovación espiritual que provocaban estas misiones era muy grande, prácticamente toda la población se confesaba y comulgaba y colaboraba en todos los actos organizados, por lo que aprendían el catecismo e incluso, de paso, aprendían a leer y escribir muchas personas que no habían podido ir a la escuela. Esta era la labor de los hermanos que ayudaban a san Luis en las misiones.

El efecto que producía la predicación de la misión era muy importante para el bien espiritual de la población y así era normal que todos los párrocos de la región solicitaran al padre Montfort y a sus misioneros su colaboración para la recristianización de su parroquia.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Ingllaterra se consagra al Corazón Inmaculado de María

LA devoción a la Virgen María siempre ha tenido un lugar muy destacado entre el pueblo católico inglés. Ya a principios del siglo VIII san Beda el Venerable, monje benedictino inglés, instruyó a sus fieles sobre las glorias de María con estas palabras: «Verdaderamente dichosa es la Madre que, según expresión del poeta, dio a luz al Rey que gobierna cielos y tierra por los siglos de los siglos. Ella tiene el gozo de la maternidad y el honor de la virginidad. Antes que ella no ha habido mujer semejante, y no se verá otra después de ella». Pero no será hasta el reinado de san Eduardo el Confesor (1003-1066) cuando la Madre de Dios se hará omnipresente en la vida del pueblo inglés, multiplicándose por toda la geografía anglosajona los gremios y santuarios a ella dedicados y extendiéndose la creencia de que Inglaterra pertenecía de un modo especial a María, su gran protectora. Recordemos, por ejemplo, que fue un inglés, san Simón Stock, quien recibió de manos de la Virgen en 1251 el Escapulario de la Orden carmelitana.

Del inicio de la Baja Edad Media parece provenir la denominación de Inglaterra como «la Dote de María» a pesar de que no hay evidencia escrita de este título hasta finales del siglo XIV, en que Thomas Arundel, arzobispo de Canterbury, escribía a sus obispos: «La contemplación del gran misterio de la Encarnación ha llevado a todas las naciones cristianas a venerar a aquella por quien llegaron los primeros comienzos de nuestra redención. Pero nosotros, los ingleses, siendo siervos de su particular herencia y su propia dote, como a menudo nos llaman, debemos superar a los demás en el fervor de nuestras alabanzas y devociones». Pocos años después, Enrique V atribuirá su inesperada victoria en la batalla de Agincourt a la intercesión de María Santísima, que vela por su dote, consagrándole su reino.

Estas alabanzas y devociones se vieron repentinamente truncadas a partir de 1534 con la separación de Roma de la Iglesia de Inglaterra y la cruenta persecución de toda manifestación de fe católica que siguió al cisma de Enrique VIII. Sin embargo, la devoción a María parece que nunca abandonó Inglaterra, incluso entre los anglicanos, que no hace mucho declaraban no considerar la práctica de pedir a María y a los santos que rueguen por nosotros como motivo de discor-

dia (cf. declaración conjunta anglo-católica «María, gracia y esperanza en Cristo», mayo de 2005).

Pero tendremos que esperar a 1893, apenas cuarenta años después de la restauración de la jerarquía católica en el país, cuando Inglaterra vuelva a ser consagrada solemnemente a la Virgen como muestra de su especial pertenencia a ella, emulando «el maravilloso amor filial que ardía en el corazón de vuestros antepasados hacia la Madre de Dios, a cuyo servicio se consagraron con tan abundantes pruebas de devoción que el reino mismo adquirió el título singular de la “Dote de María”», como recordó León XIII a los obispos ingleses. Y esta consagración se repetiría en 1948 frente a Nuestra Señora de Walshingham, patrona de Inglaterra, recién acabada la segunda guerra mundial, para agradecer su protección durante la contienda y reparar los males que ésta había traído.

El pasado 18 de febrero, siguiendo esta larga tradición de considerarse patrimonio de María, el pueblo inglés volvía a reunirse a los pies de su Madre para entregarse de nuevo a ella. En el marco de la celebración del centenario de las apariciones de la Virgen a los tres pastorcitos de Fátima, miles de fieles se congregaron en la catedral londinense de Westminster para participar en una bellísima ceremonia que tuvo como puntos culminantes la coronación de la Virgen Peregrina de Fátima –imagen bendecida por Pablo VI en mayo de 1967 y regalada a Inglaterra por el obispo de Leiria al año siguiente–, que visitará en los próximos meses las distintas catedrales de Inglaterra y Gales, y la consagración de éstas a su Inmaculado Corazón.

Los actos fueron presididos por el cardenal Vincent Nichols, primado del Reino Unido, que leyó la siguiente fórmula consagratória:

«Reina del santísimo Rosario, Refugio de la raza humana, Madre de la Iglesia, nos dirigimos a ti, confiados en que recibiremos misericordia, gracia, apoyo y protección a través de la gran bondad de tu Corazón maternal. A ti y a tu Inmaculado Corazón, en este año del centenario de las apariciones de Fátima, nos re-consagramos en unión no sólo con la Iglesia, Cuerpo místico de tu Hijo, sino también con el mundo entero.

»Que la visión de la extensa destrucción moral y material, de los dolores y angustias de innumerables padres y madres, esposos y esposas, hermanos y hermanas, y niños inocentes, y de las almas en peligro de ser eternamente condenadas, te mueva a compasión.

»Oh, Madre de misericordia, Reina de la paz, a través de su intercesión obtengamos la paz de Dios por

medio de su gracia; paz en la verdad, la justicia y la caridad; que el Reino de Dios pueda prevalecer.

»Extiende tu protección sobre aquellos que no creen y no encuentran esperanza en Dios, y sobre todos aquellos que permanecen en sombras de la muerte; dales la paz y concédeles que también sobre ellos pueda brillar el sol de la verdad, para que se unan a nosotros proclamando ante el único Salvador del mundo: “Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad”

»Da paz a los que se han separado de ti; tráelos de vuelta al redil de Cristo bajo el único y verdadero pastor. Obtén la paz para la santa Iglesia de Dios; detén la propagación del secularismo y el relativismo; enciende en los fieles el amor a la pureza, la práctica de la vida cristiana y un celo apostólico para que los siervos de Dios puedan aumentar en mérito y número.

»Nos consagramos para siempre a ti y a tu Inmaculado Corazón, nuestra Madre y Reina; que tu amor y patrocinio aceleren el triunfo del Reino de Dios y que todas las naciones en paz entre ellas y con Dios, te bendigan y alcen la voz contigo para cantar un eterno *Magnificat* de gloria, amor y agradecimiento al Corazón de Jesús, único lugar donde pueden encontrar la verdad y la paz».

Una Iglesia con Jesús

EL pasado 30 de enero el papa Francisco volvía a denunciar el martirio de tantos cristianos que está teniendo lugar últimamente por todo el mundo y cuyo testimonio está siendo deliberada e insistentemente ocultado por muchos medios de comunicación. «Los mártires son aquellos que llevan adelante la Iglesia, son aquellos que sostienen a la Iglesia, que la han sostenido y la sostienen hoy. Y hoy tenemos más mártires que en los primeros siglos. Los medios de comunicación no lo dicen porque no son noticia, afirmaba el Santo Padre, pero muchos cristianos en el mundo de hoy son bienaventurados porque son perseguidos, insultados, encarcelados ¡Hay tantos en las cárceles, sólo por llevar una cruz o por confesar a Jesucristo! Ésta es la gloria de la Iglesia (...) porque una Iglesia sin mártires es una Iglesia sin Jesús».

Por ello, nos llena nuevamente de gozo la beatificación el pasado 25 de marzo en Almería de 115 mártires españoles que dieron su vida por amor a Dios durante la persecución religiosa que tuvo lugar en nuestro país entre 1934 y 1939, testimonio de la especial presencia de Cristo en nuestra Iglesia.

Encabeza la lista el ya beato José Álvarez-Benavides de la Torre, deán de la catedral almeriense, que con la burda acusación de que escondía supuestos tesoros y armas en la catedral, fue detenido en el mismo templo el 23 de agosto de 1936. Así contó su martirio un testigo: «“La Alsina” (autobús de línea) llegaba hasta unos 20 pasos de la boca del pozo y los presos eran sacados por los milicianos uno a uno, que los entregaban a los ejecutores, quienes los co-

locaban al borde del mismo, haciéndoles un disparo en la cabeza o en el pecho y arrojándolos al fondo, tras empujarles con un biello. Los presos morían dignamente y daban el grito de ¡Viva Cristo Rey! Las demás víctimas presenciaban la muerte de los que eran primeramente asesinados. Al caer al pozo algunos de ellos tenían aún vida y lanzaban quejidos desde el fondo y entonces desde la boca del mismo les hacían varios disparos rematándolos. Al terminar las ejecuciones echaban varias espuertas de cal viva, tierra y piedras». Junto a él han sido beatificados 94 sacerdotes más, uno de ellos religioso franciscano, y veinte seglares. De éstos, 18 son varones, y dos mujeres cuyos nombres brillan con luz propia.

Se trata, por una parte, de Emilia Fernández Rodríguez, la «Canastera de Tíjola», gitana de raza y mártir del rosario a sus 23 años. Encarcelada por su fe el 21 de junio de 1938, recién casada y encinta, se quedó tan admirada por la ayuda que le prestaban algunas presas católicas, que les pidió que la instruyeran en el rezo del rosario. Aislada por negarse a denunciar a sus catequistas, el 13 de enero de 1939 dio a luz a una niña. Tras el parto le negaron cualquier asistencia médica, muriendo diez días después, sola y abandonada, pero sin denunciar a su catequista, a pesar de todas las presiones a que estuvo sometida. Aunque sus compañeras bautizaron ellas mismas a su hija, las autoridades se la llevaron y nunca más se supo de ésta.

La otra mujer es Carmen Godoy Calvache, que en agosto de 1937 fue detenida por liderar la campaña de restauración del templo de su pueblo natal, Adra, quemado por los republicanos en 1932. Entonces comenzó un prolongado y cruel martirio, tanto físico como psíquico, con el propósito de que delatara a los benefactores del templo. «Yo tengo la maleta preparada para la eternidad; podéis hacer conmigo y con mis hijos lo que queráis, pero la lista no os la entrego», respondía siempre doña Carmen. El 1 de enero de 1937, a sus 48 años y con todo su cuerpo quebrantado, fue enterrada viva, alcanzando heroicamente la palma del martirio.

Esta beatificación, afirmaba don Adolfo González, obispo de Almería, «ha de fortalecer el testimonio de la fe que los cristianos de hoy estamos llamados a dar en el contexto de la sociedad de nuestros días. No podemos vivir de la nostalgia de un pasado que no vuelve, pero tampoco podemos ignorar el pasado que genéticamente da razón de quiénes somos y a quiénes nos debemos. Del pasado nos viene la tradición de la fe que da identidad a la Iglesia de Cristo, peregrina en la historia de los hombres y a su servicio. Del pasado nos ha sido transmitido con la fe el ejemplo que para nosotros representan los mejores discípulos de Cristo: los mártires que sellaron con su sangre la fe que profesaron, y los santos que vivieron el seguimiento de Cristo en vida cotidiana de forma heroica».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Oriente Medio: balance de una región agitada

EL «Gran Juego» es el término que se acuñó en el siglo XIX para describir la rivalidad entre el Imperio ruso y el Reino Unido en su lucha por el control de Asia central y el Cáucaso. A cualquiera que se fije en lo que está ocurriendo actualmente en Oriente Medio no se le escapará los paralelismos que confirman que estamos asistiendo a un nuevo «Gran Juego» geopolítico donde se entrecruzan potencias e intereses muy diversos. Un libro publicado en Francia, «*Guerres, pétrole et radicalisme*», escrito por el director de Ayuda a la Iglesia Necesitada en aquel país, Marc Fromager, es de gran ayuda para ordenar la información que nos llega desde aquella región e intentar comprender los resortes que mueven a los actores en juego. De entre los muchos datos y análisis que aporta, destacaremos los que nos parecen más relevantes.

Por mucho que lo hayamos visto en los medios, es difícil hacerse una idea cabal de lo que ha supuesto vivir en el territorio bajo control del ISIS-Estado Islámico. Mosul, por ejemplo, el corazón de la llanura de Nínive y donde se combate intensamente a día de hoy, poseía más de cuarenta y cinco iglesias. No ha quedado ni una: destruidas, transformadas en mezquitas o en oficinas y almacenes, el Estado Islámico consiguió que por primera vez desde hace dos mil años no hubiera ni una sola misa en Mosul. Los pocos cristianos que permanecían en el lugar cuando la ciudad cayó en manos de los yihadistas tuvieron que elegir entre convertirse al islam, someterse al estatuto de *dhimmi*, aplicado de forma estricta y en consecuencia asfixiante, marcharse o morir. En su totalidad eligieron abandonar todo lo que tenían y huir de aquel lugar. 125.000 cristianos escaparon apresuradamente de sus casas en la llanura de Nínive durante el verano de 2014.

El panorama en la vecina Siria es aún peor: más de doscientos mil víctimas directas de la violencia a las que hay que añadir quienes han fallecido de resultas de la falta de cuidados médicos hasta superar con creces el medio millón de muertos. A los que hay que sumar doce millones de desplazados, de los que cuatro millones han abandonado el país, la mitad con destino al Líbano, donde los precarios equilibrios que mantienen aquel país en una frágil paz están sufriendo una tensión inaudita por esta llegada

masiva de refugiados. Dividido el poder entre suníes, chiíes y cristianos, la llegada masiva de sirios suníes amenaza el *statu quo*. Existe ya un precedente: la llegada de refugiados palestinos tras la Guerra de los Seis Días, factor clave para el desencadenamiento de la guerra civil que sumió el Líbano en el caos a partir de los años setenta del siglo pasado.

Pero, ¿cómo se ha llegado hasta aquí? ¿Qué fuerzas han jugado en aquel siempre agitado tablero? Estamos en un escenario de gran complejidad, donde se entrecruzan numerosos factores, pero podemos fijarnos en algunos de los más determinantes:

-Radicalización del islam: es un fenómeno recurrente. Tras un periodo en el que los musulmanes se acomodan y rebajan las exigencias del islam fundacional, es cuestión de tiempo que alguien levante la bandera del seguimiento estricto de las prescripciones que se remontan al mismo Mahoma. Así ha sucedido repetidas veces a lo largo de la historia y ha vuelto a suceder ante nuestros ojos. Tanto el chiísmo de Jomeini como el wahabismo que se extiende por el mundo gracias a la financiación de los petrodólares, que paga mezquitas e imanes a lo largo y ancho del planeta, se inscriben en esta tendencia.

-Conflicto entre suníes y chiíes: Arabia Saudí, suní, e Irán, chií, están librando una batalla por obtener la supremacía en la región. Los chiíes forman un arco geográfico que pasa por el Líbano, Siria, Iraq e Irán y que Arabia Saudí ha intentado quebrar, promoviendo la guerra en su eslabón más débil. Siria, si bien es gobernada por Bashar al Assad, que pertenece a una rama del chiísmo, está poblada mayoritariamente por suníes, por lo que el objetivo que desencadenó la guerra fue reemplazar el régimen de Al Assad para llevar a los suníes al poder. No es casualidad que en Siria estén combatiendo soldados provenientes de todo el mundo islámico, financiados principalmente por Arabia Saudí y Qatar, lo que desmiente el carácter de guerra civil del conflicto. En cuanto a Iraq, la acción de Occidente derrocando a Saddam Hussein, él mismo sunita, e instaurando la democracia en un país de mayoría chií, ha llevado, por la fuerza de los números, a convertir a Iraq en un protectorado de facto iraní, al menos en la parte sur del país, con importantes bolsas de población suní y kurda más al norte. El veterano líder druso libanés, Walid Jumblatt, ha llegado a hablar del «regreso de Ciro el Grande», el rey de los persas que conquis-

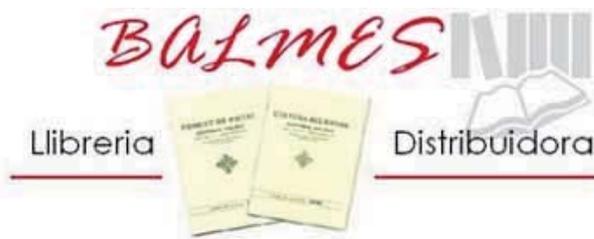
tó Babilonia y Mesopotamia el año 539 a.C. Arabia Saudí está, pues, rodeada por países chiíes, tanto por el norte como por el sur, donde está inmersa en una guerra contra el Yemen, en poder chií desde finales de 2014. Este panorama de conflicto suní-chií ha evolucionado, complicando aún más una situación de por sí muy compleja e incorporando también una guerra intra-suní entre los grupos wahabitas controlados por Arabia Saudí y el Estado Islámico, que se propone como califato y se ha rebelado contra quien le había financiado en sus orígenes.

—Lucha por el control de los recursos naturales: aunque el petróleo y el gas no lo explican todo, es evidente que los enormes recursos energéticos de la región son siempre un factor a considerar a la hora de analizar cualquier conflicto en la región. El descubrimiento de nuevos yacimientos en el extremo oriental del Mediterráneo y la concurrencia entre los principales proyectos de gaseoducto, el South Stream ruso y el Nabucco norteamericano, han jugado un papel importante en la conformación del actual escenario. La negativa de Bashar al Assad de permitir que el gaseoducto Nabucco pasara por Siria es clave para entender tanto el desencadenamiento de la guerra en Siria como el apoyo ruso al régimen de Assad.

—El papel de Occidente: tanto la intervención norteamericana como europea han sido factores desestabilizantes. Su alineación acrítica con los intereses de Arabia Saudí y Qatar (que no sólo son importantes proveedores de petróleo, sino muy importantes compradores de nuestra deuda pública) y su imprudencia a la hora de financiar, preparar y armar a los grupos «oposidores» en Siria, a menudo simples tapaderas de grupos yihadistas como el mismo ISIS, han alimentado el conflicto. Tampoco se puede pasar por alto el papel de Turquía: aliado de Occidente cada vez más renuente, país suní pero con pretensiones propias y contrarias a las iraníes y sauditas, es a través de Turquía por donde transita el petróleo exportado por el Estado Islámico y las armas y los combatientes que se les unen. En realidad, Turquía ha apoyado al Estado Islámico como un peón que debilita tanto a Siria como a los kurdos, con quienes Turquía está inmersa en un ya largo conflicto.

—El papel de Rusia: hemos ya señalado los intereses energéticos rusos en Siria, a los que hay que sumar el uso de los puertos sirios en el Mediterráneo. A estos obvios intereses se ha sumado el renacer de un sentimiento de responsabilidad de Rusia hacia los cristianos de la región. Es difícil juzgar sobre la sinceridad de estos sentimientos entre los dirigentes rusos, pero en cualquier caso la intervención rusa ha resultado determinante para salvar a Bashar al Assad, hacer retroceder al Estado Islámico y mejorar la situación de los cristianos.

En este complejo y peligroso contexto, ¿cuál es el futuro de las comunidades cristianas de Oriente, que en muchas ocasiones se remontan a los tiempos apostólicos? En realidad hace catorce siglos, desde la llegada del islam, que asistimos al reflujo de la presencia cristiana en Oriente Medio. Los cristianos en la región, justo es reconocerlo, experimentan un lento declinar que se ha acelerado en los últimos tiempos, antes incluso de que apareciera el Estado Islámico y la cruenta persecución que ha desatado contra los cristianos (y contra otros no musulmanes, como los yazidíes). En el Líbano, el país en el que los cristianos siempre han sido una fuerza primordial y constitutiva de su carácter, éstos han disminuido un 30% en veinticinco años, esto es, en el tiempo de una generación. En Irán la disminución ha sido del 66%, y si vamos a Tierra Santa, los cristianos de Belén, que eran el 98% de la población en 1948, año del fin del mandato británico, ahora representan sólo el 12%. En Jerusalén los cristianos eran el 53% en 1922, mientras que hoy en día son tan solo el 1,2%. En Iraq, del millón y medio de cristianos hace 25 años hemos pasado a 250.000, aunque el caso más llamativo es el de Turquía, donde hace un siglo era cristiana una cuarta parte de la población y que ahora acoge a un ínfimo 0,1% de población cristiana. Parece como si los cristianos en la región, que habían resistido no sin un lento declinar a las presiones del islam dominante, se estuvieran evaporando desde hace unas décadas. Evidentemente, actúan aquí distintos factores: las persecuciones recurrentes, particularmente intensas en los últimos años o la posibilidad de una emigración relativamente fácil al tener los cristianos un nivel educativo medio superior al global en sus países de origen, junto al hecho de contar con redes de apoyo creadas por antiguos compatriotas que emigraron en su día y el tener una alta capacidad de integración en los países occidentales por el mismo hecho de su religión. Pero también la adopción de patrones de comportamiento occidentales que han hecho que el número medio de hijos entre las familias cristianas de la región haya experimentado una brusca caída. El clima de violencia, la amenaza constante en que se vive y la traumática experiencia del ISIS hace que muchos de los cristianos de la región deseen para sus hijos un futuro lejos de allí. En esta tesitura, la derrota del ISIS y el retorno de la paz, por muy precaria que sea, serán factores que ayudarán a frenar el éxodo de los cristianos, pero quizás la mayor esperanza para la supervivencia de las comunidades cristianas de Oriente Medio sean los propios cristianos que han sobrevivido, sus numerosos mártires y la transformación que han sufrido en estos tiempos de persecución, fortaleciendo su fe, intensificando su caridad y alimentando una esperanza sobrenatural que, por propia experiencia, nada confía de sus propias fuerzas.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:

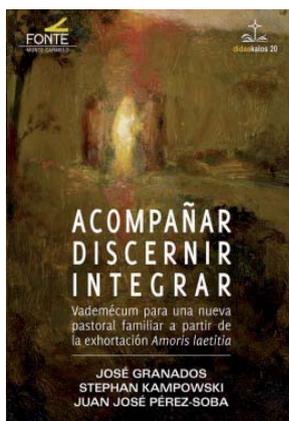


El reino del hombre. Génesis y fracaso del proyecto moderno

Autor: Brague, Rémi
Editorial: Edibesa
400 páginas
Precio: 29,00 €

En la época moderna el hombre ha llegado a la convicción de ser el creador de su propia humanidad, dando por superado cualquier tiempo pasado y pretendiendo convertirse en el artífice único de su futuro. Se habría llegado por fin al «reino del hombre», eslogan confesado o implícito de los tiempos modernos y que da título al presente libro. Esta investigación ha quedado plasma-

da en una trilogía que comienza con *La sabiduría del mundo* (Encuentro, 2008), continúa con *La ley de Dios* (Encuentro, 2011) y culmina ahora con *El reino del hombre*.

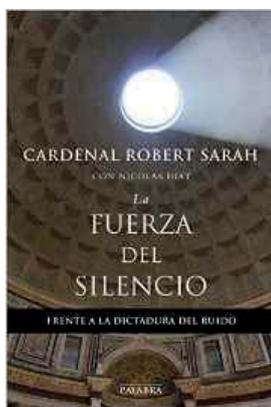


Acompañar, discernir, integrar. Vademécum para una nueva pastoral familiar a partir de la exhortación Amoris laetitia

Autor: José Granados, Stephan Kampowski, Juan José Pérez-Soba
Editorial: Monte Carmelo
160 páginas
Precio: 13,30 €

Los profesores del Pontificio Instituto Juan Pablo II (Roma), ofrecen en este libro una serie de claves para las cuestiones prácticas que trata la citada exhortación postsinodal del papa Francisco. La fidelidad al evangelio de la familia es la que da

unidad a la exhortación y nos permite discernir los modos para dirigir y acompañar a las personas en su vida cristiana.



La fuerza del silencio.

Autor: Sarah, Robert y Diat, Nicolas
Editorial: Palabra
388 páginas
Precio: 18,50 €

El Prefecto de la Congregación vaticana para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos, enlaza y enumera hasta 365 pensamientos, hondos y variados, a propósito del silencio y sus efectos, que concluyen con un excepcional y riquísimo diálogo con Dom Dysmas de Lassus, prior general de la Grande Chartreuse. «Si bien el habla caracteriza al hombre, el silencio es

lo que lo define, porque la palabra hablada sólo adquiere sentido en virtud de ese silencio». Este es el hermoso y significativo mensaje de *La fuerza del silencio*.



Enciclopedia temática del Corazón de Cristo

Autor: Cervera Bellido, Pablo
Editorial: B.A.C.
1360 páginas
Precio: 68,00 €

Esta edición preparada y presentada por Pablo Cervera Barranco que cuenta con numerosas colaboraciones se terminó de preparar el año del 160 aniversario de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón para toda la Iglesia por el beato papa Pío IX, en 1856. Nos será sin duda de gran ayuda «para mantener vivo el amor a Cristo, en cuyo corazón humano, abierto por el golpe de la lanza, se encierra y manifiesta la infinita misericordia de Dios» en palabras de monseñor Martínez Camino.

CONTRAPORTADA

El patrocinio de san José



La intercesión y patrocinio de san José es el más eficaz y poderoso del Cielo, a excepción de María Santísima. Por esto ha sido declarado patrón de la Iglesia universal. Porque un intercesor es más poderoso en cuanto es más amado de Dios. San José es el bienaventurado más amado de Dios, a excepción de María Santísima. Luego es el más poderoso intercesor.

Dios oye: en primer lugar, a los que aman, y en segundo lugar, a aquellos a quienes ha constituido intercesores o medianeros. Es decir, a las almas santas y a los ministros suyos. A los primeros por deber de amor; a los segundos por el compromiso de su voluntad al constituirlos intercesores. Pero san José no sólo es oído de Dios por el amor que le

profesa, sino en cuanto fue un ministro suyo. ¿Quién con más justo título que él puede ser llamado ministro de Cristo? Le sirve en todo; se consagró a su culto. ¿Qué tienen que ver los servicios, el culto que yo, sacerdote, tributo a Cristo en comparación de los que le prestaba san José? De noche y de día; en alimentarle y en defenderle, en cuidarle, en todo totalmente se empleaba, trabajaba por Él, etc. Luego los ruegos de san José han de ser atendidos; su patrocinio e intercesión es más poderoso que el de los ángeles; porque él fue ángel admirable de lealtad y pureza; que el de las vírgenes, porque fue virgen; que el de los patriarcas, porque lo fue. Pidámosle que interceda por nosotros en la hora de la muerte.

TORRAS I BAGES, Santa Marta, el primer domingo de mayo de 1885, fiesta del patrocinio de san José